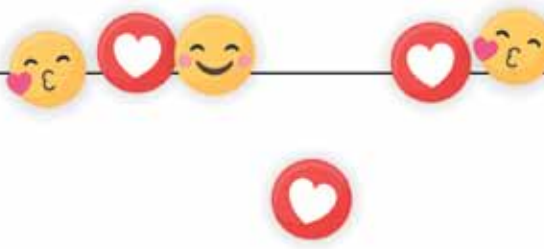




La pandemia no puede con el amor

Marlon Zambrano



La pandemia no puede con el amor

© Fundación para la Comunicación Popular CCS

Carmen Meléndez

Alcaldesa de Caracas

Jeycelith Jiménez

Presidenta de Fundarte

Mercedes Chacín

Presidenta de la Fundación para la Comunicación Popular CCS

Coordinación general

Francis Zambrano

Coordinador editorial

Marlon Zambrano

Diseño, diagramación y concepto gráfico

María Isabel Guerrero / Freddy La Rosa

Ilustraciones

Sol Roccocuchi

Corrección

Carol Hernández

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial del contenido de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía, el tratamiento digital o informático.

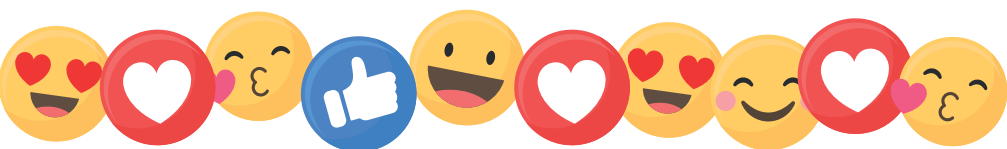
Marlon Zambrano



Caracas, Venezuela
Agosto 2022

Índice

Presentación	6
Prólogo	7
Introducción	12
<i>Nueva normalidad</i>	15
<i>Resisten</i>	18
<i>Mente</i>	19
<i>Cuerpo</i>	21
<i>Alma</i>	24
<i>On Line</i>	26
<i>OnlyFans</i>	28
<i>Paja</i>	31
<i>Dedo</i>	33
<i>Cosito</i>	34



Beso _____ 37

Mamá _____ 39

Celos _____ 40

Fe _____ 42

Cristo _____ 45

Infierno _____ 46

Magia _____ 48

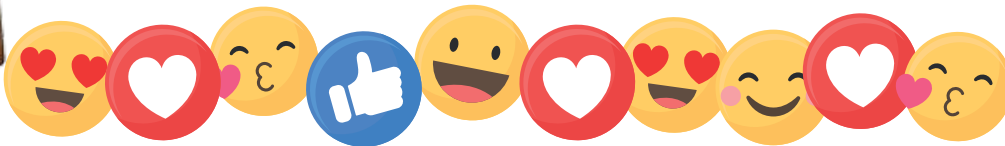
Escorpio _____ 49

Pataè pollo _____ 53

Vecinos _____ 54

Belleza _____ 57

Kamikazes _____ 59



Presentación

2 022, luego de dos años de pandemia comienzan a levantarse las restricciones sanitarias y la gente, después del temor inicial, va tomando confianza y se enfrenta a la calle, al contacto, a los encuentros, a la vida luego del encierro.

Se reaniman las artes, el deporte, los proyectos personales y colectivos, aunque la guerra, el intervencionismo y los bloqueos internacionales siguen vivitos.

2022, año del bicentenario de las batallas de Bomboná y Pichincha, de los amores de Simón y Manuela, así como del encuentro de los libertadores Bolívar y San Martín.

2022, año del inaplazable renacimiento del diario *Ciudad Ccs*, para dejar –dolorosamente– su etapa de medio impreso y convertirse en una multiplataforma digital, de las cual todas y todos los involucrados estamos aprendiendo, pero con la energía y la certeza de que el cambio es el necesario y lo estamos haciendo con esfuerzo, pero, principalmente, con amor y responsabilidad.

En este año la Librería Digital de Ciudad Ccs le brinda a sus lectoras y lectores cuatro títulos: *La pandemia no puede con el amor*, *Romance de bolero y ron*, un homenaje a nuestras Voces CCS, que semana a semana sacan su creatividad para reflexionar sobre nuestra realidad y, finalmente, el libro de la *Cita con la Actualidad*, esa iniciativa propia de este medio que a través de intensas e interesantes entrevistas nos muestra quiénes somos, cómo estamos e ideas para superarnos.

Deseamos que estos cuatro títulos sean de su total satisfacción y que se mantengan a la espera de los próximos, que, pueden estar seguros y seguras, comenzaremos pronto a planificar.

Prólogo

Este libro de Marlon Zambrano, aparte de ser una maravilla, como todo lo que escribe, es otro de los hijos literarios del coronavirus, muchos de los cuales han sido bastardos, pero este es hijo legítimo, tiene de padre a Marlon y la madre es Crónica Zambrano. Antes de entrar en materia debo contar que mis primeros vaticinios fueron que la pandemia iba a incentivar el amor hecho en casa, léase en solitario, o de casados y concubinos, y aunque tuve que dejar por la mitad mi carrera de antropología porque no pude con la materia estadística, sería interesante que algún experto revise los índices de natalidad de diciembre 2020, si tomamos en cuenta que la cuarentena comenzó en marzo, vale decir 9 meses antes, y qué porcentaje aumentó el primer trimestre de 2021 y sucesivos trimestres hasta la fecha, y para que el experto o experta no pierda el viaje, sería del carajo indagar cómo fue el movimiento en materia de divorcios y separaciones. Pero dejemos que sea Marlon quien se encargue de su asunto, que por cierto lo hace con mucha maestría y erudición, con una sencillez increíble, lo que hace más amenas estas crónicas sobre el amor en tiempos de pandemia. “En la hora loca del coronavirus, quien se haya enamorado a partir de marzo de 2020 y mantenga encendida la llama de la pasión con besos y todo, merece el reconocimiento de la historia”.

Son 22 sabrosas crónicas que se convierten en la radiografía de la sexualidad hecha en casa en tiempos de cuarentena, que abundan en la nueva normalidad de la mente, cuerpo y alma, el papel de la tecnología, la inefable paja, yuca y cualquier otro sinónimo de masturbación, no podía faltar en este libro vinculado al dulce amor. “El flirteo por WhatsApp, que gotea como todas las plataformas tecnológicas de comunicación en el país, ha llegado a permitir las piruetas sexuales vía *on line*, cual desaguadero. En última instancia, el autoerotismo y la masturbación para aliviar las necesidades se han impuesto como alternativas higiénicas y amenas... Cuando las estadísticas salgan a relucir, si es que algún día las ofrece algún organismo oficial, se sabrá, a ciencia cierta, cuánta paja fluyó durante la cuarentena. Uno lo puede inferir mediante la observación *in situ* pues, como se sabe, al pajizo (o pajiza) se le reconoce por su aspecto descoyuntado, su mirada perdida y su desinterés por las cosas mundanas”.

Destaca el Sexting (enviar contenidos de tipo sexual como fotografías o videos producidos por el propio remitente, a otras personas por medio de teléfonos celulares), así también el pene como cosito lindo que le gusta tanto a las muchachas. “Los penes abundan en WhatsApp, transitando a sus anchas como dardos venenosos que apresuran la mensajería directa de archivos adjuntos o enlaces, mientras yertos, casi frígidos, tragamos grueso orando por la integridad de doncellas impolutas de nuestras chicas, que saben que existe Photoshop y las perspectivas

trucadas que desnaturalizan la proporción áurea. Pero siempre queda la duda: una amiga me confesó que en realidad, el tamaño sí importa"... los besos, "En un beso la vida / Y en tus brazos la muerte / Me sentenció el destino / Y sin embargo prefiero verte", o "Tus besos se llegaron a recrear / aquí en mi boca, / llenando de ilusión y de pasión, / mi vida loca", en un río subterráneo de boleros, los celos, los cachos, todo impregnado de las religiones y la magia, en medio de todo un proceso de proscripción del amor manifestado en abrazos y besos, por el cerco infinitamente odioso de las llamadas medidas de bioseguridad. Para hacerlo se vale de opiniones calificadas de psicólogos, sexólogos y otros profesionales, amén del cine, la literatura, el periodismo, la tecnología, lo telúrico, el dilema entre la vida y la muerte y tampoco podía faltar lo lúdico, también en el río subterráneo del bolero: "En el juego de la vida / Juega el grande y juega el chico / Juega el blanco y juega el negro / Juega el pobre y juega el rico / En el juego de la vida / Nada te vale la suerte / Porque al fin de la partida / Gana el albur de la muerte", y no podía faltar el caldo de "Pataè pollo", el remedio infalible para el sistema inmunológico: "La conjuran las abuelas, eternas *cheerleaders* de las recetas del conuco que por años han usado ese menjurje adherente y repulsivo (pero delicioso, si hay buena sazón), para equilibrar las hormonas, reducir la presión arterial, rejuvenecer la piel, regular el metabolismo, acelerar la cicatrización de las heridas, aumentar las plaquetas, reforzar el sistema inmunológico, ampliar la producción de glóbulos rojos, combatir gripes y catarros, menguar el mal de amor, abrillantar el bigote adolescente, reducir el deseo de los maridos por la mujer ajena, etcétera".

Pero lo verdaderamente sorprendente, es la familiaridad de Marlon con el tema "on line", en el cual se mueve como pez en el agua: "Cuando vine a ver, atesoraba la estadística de 1.178 amigos y amigas, perfectos desconocidos o estrellas de la ciberfarándula criolla que de pronto aplaudían mis estupideces, con el infaltable *like* de aprobación que, a fin de cuentas, es lo que uno busca en la vida cuando escribe. Para decirlo en palabras de García Márquez: uno escribe para que lo quieran. El otro detalle, vergonzoso, es que también disparé solicitudes de amistad a mansalva, cazando a las cibernautas que se veían más buenas en las fotos". Y ni hablar del porno en línea, donde aprendemos datos inimaginables, en OnlyFans, una página donde emprendiera la venezolana Nakary Spadafora, que se "registró en la web para adultos OnlyFans y logró acumular 395 suscriptores en un ratito, a quienes les envié imágenes de su exótico cuerpo caucásico, en paños menores o desnuda y en posiciones vertiginosas". Confieso que no es mi estilo, porque confío mucho en mi imaginación, pero no doy fe que algún día ocioso, esa adorable criatura rompa el gato, mejor la gata de mi curiosidad. Aunque nunca haya pagado por sexo, y las pocas veces que ocurrió,

fui invitado empezando por papá, que me lo confesó años más tarde, porque ¡yo juraba que me había ganado mi vaina, en buena lid! jajaja.

Pero la sapiencia en el tema porno de este hermano escritor, va más allá, y este dato es genial: “El creador de OnlyFans, el inglés Tim Stokely (llamado el Mark Zuckerberg del porno), es uno de esos tipos de dudosa reputación vinculados a la multimillonaria industria del sexo, no exento de sospechas. Es el CEO de una empresa llamada Fénix International LTD: ‘compañía tecnológica que ofrece servicios como creación de apps para móviles, servicios de hardware y protección de datos’ como lo explica el epígrafe promocional de su página web. Su socio es Leo Radvinsky, un oscuro personaje del mundo del porno, dueño de la web erótica MyFreeCams, denunciando infinidad de veces por ‘colgar’ contenidos no autorizados. Juntos, han logrado una fórmula magistral para que los confinados paguen por ver gente desnuda por Internet, lo que siempre habíamos hecho gratis. La magia está en sus cifras: Dannii Hardwood, una muchacha de buen ver, se convirtió durante el mes de marzo del año 2020 en la primera británica en llegar a recaudar US \$1.313.780 por este medio”.

De las cosas geniales de este libro tan bien tejido, es resumir tanta erudición con las cosas más sencillas, en el mejor estilo de aquel Nazoa, nuestro héroe de siempre, o el otro que mentaban Jaramillo, una, aquel decreto que me salvó una noche en Choróni, cuando el loco del pueblo pasó gritando a medianoche: “A tirar, que el mundo se va a acabar”, y la otra, en el “subteamor”, porque lo de subterránea era para decir que el discurso del bolero, iba llevado en las entrañas de estas crónicas maravillosas, y me quedo con los versos de Benito de Jesús, y recuerdo que el hijo del compositor relata el origen del tema en el velorio del músico, en la funeraria Ehret, explicando que lo escribió don Benito como prueba de amor, a la muerte de su querida esposa, doña Gloria María, y de pana que la letra es matadora: “Si yo muero primero, es tu promesa / Sobre de mi cadáver dejar caer / Todo el llanto que brote de tu tristeza / Y que todos se enteren de tu querer / Si tú mueres primero, yo te prometo / Escribiré la historia de nuestro amor / Con toda el alma llena de sentimiento / La escribiré con sangre / Con tinta sangre del corazón”.

¡Llévatela Marlon!

Humberto Márquez

Periodista y poeta enamorado. Bolerólogo



Caracas, octubre de 1971. Periodista y escritor, fue fundador del periódico cultural *Tere Tere*, Premio Nacional de Periodismo 2005 en la mención Medio Comunitario. Ha publicado los libros *El San Pedro de Guatire, de la tradición ritual al espectáculo urbano* (trabajo de investigación cultural); *Temporada de Huracanes* (poesía, editado por la fundación editorial El perro y la rana y por La Mancha ediciones) y *Caracas para principiantes* (crónicas), además de estar incluido en varias recopilaciones de poesía y crónicas editadas en el país. Actualmente escribe para la revista *Épale CCS* y colabora para varios medios impresos y digitales dentro y fuera de Venezuela, como el diario *Últimas Noticias* (columna Hazañas de la rutina) y el portal *Km 0* de Argentina (en su espacio Caribe distópico). Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar 2020, mención impreso, actualmente se desempeña como coordinador editorial de la Fundación Ciara.

Dedicatoria

*A todos los urbanitas aburguesados que se excitan con el emoji de un corazón.
Recogelatas del deseo*

Introducción

Angustiados por lo que nos depara el futuro, atenzados por las medidas de bioseguridad, estresados frente a la posibilidad de que el coronavirus nos infecte a través de partículas invisibles que se propagan por las vías respiratorias, hemos proscrito el amor, suspendido los besos y relegado el clásico metisaca a una esfera viscosa de gel antibacterial.

Algo cambió: un buen día estábamos anclados en la acera esquivando los cuerpos envueltos en *leggings* de las mujeres que nos han hecho famosos en los concursos de belleza del mundo, y al otro estábamos siendo atomizados por unos tipos de traje blanco, disparando desde unos armatostes guindados sobre sus espaldas unos potentes chorros de hipoclorito que iban barriendo calles, barandas, vehículos, perros, paredes y testosterona rezagada.

¿Qué nombre llevará inscrita como insignia esta época de conmoción física y espiritual? Cómo saberlo. Sin un Gabo, un Carlos Monsiváis, un Aquiles Nazoa, ¿quién contará con juicio sentimental la historia de los amores contrariados y los abrazos rotos en medio de este despropósito gramatical llamado distanciamiento social dizque voluntario?

Nunca imaginamos que de verdad nos alcanzaría el Armagedón, menos, como un acontecimiento azaroso que se desarrolla allá afuera, en la ciudad detenida por obra y gracia de los poderes reales y fácticos que apelan al miedo.

Nos tropezamos de pronto con la escena en que se desata el contagio masivo de *World War Z*, pero sin un sensual Brad Pitt que insista en buscar una cura milagrosa en el último laboratorio del último rincón inmaculado del mundo.

Podríamos decir, incluso, que todo está bien, si no fuera por los anuncios tremendistas de nuestros encargados de salud y las medidas que prohíben el encuentro y los abrazos mientras vemos que no pasa nada con nuestros muertos vivientes de pacotilla, meciendo entre una y otra habitación su encierro.

No hay ciencia-ficción que aguante tanto artificio: el espectáculo del horror vino servido con variaciones tan antinaturales como la excomunión del estrógeno y la estigmatización de la libido.

“He visto el horror... horrores que tú no has visto. Pero no tienes el derecho a llamarme asesino. Tienes derecho a matarme. Tienes derecho a hacerlo... pero no tienes derecho a juzgarme. Es imposible describir el horror en palabras a aquellos que no saben lo que verdaderamente significa. Horror, horror. El horror tiene una cara... y tú debes hacer del horror tu amigo”, recitaba un afectado coronel Kurtz en ese acto final de *Apocalypse now* cuando se prepara a ser decapitado como un lechón en la espesa selva camboyana.

Quién sabe si nos estamos haciendo las preguntas correctas. ¿Se acabó todo? ¿Se está empezando a acabar? O ¿no se está acabando nada?

Y es que sin que nadie lo previera, marzo de 2020 nos cubrió de asombros cuando nos colocó frente a un escenario antinatural, una convivencia que no se parecía a nada, con casi nada para compartir, pocas opciones de entretenimiento, mínimo espacio propio, dramas y conflictos previos, para finalmente dejarnos colgados sobre esa vorágine llamada “aislamiento social preventivo” vigente en la cotidianidad y llamada a modificar la convivencia de las familias en plural, y la pareja en particular.

Fue inevitable. Sin proponérselo, el decreto presidencial de estado de alarma nos obligó a quedarnos en casa muchas horas y muchos días y por más de dos años hemos tenido más tiempo que nunca, demasiado, para estar con los otros bajo condiciones de confinamiento. Una excéntrica, porque como dice el psicoanalista y doctor en Filosofía argentino Luciano Lutereau, “vivimos vidas basadas en la ocupación y la acumulación de actividades que tienen una función evasiva. No estamos dispuestos ni acostumbrados a encontrarnos con nosotros mismos”.

“De esta salimos embarazados o separados” decían los casados y arrejuntados; “o nos matamos o nos unimos más” advertían las familias ariscas. De hecho, se generó un tenebroso fenómeno mundial, pandémico como la más grave de las infecciones virales, al registrarse un incremento exponencial de la violencia doméstica e intrafamiliar que tuvo como principal víctima a la mujer sojuzgada por el hombre, pero también a los niños violentados por sus padres.

Al fondo el ulular de la ciudad espanta. Es un rugido ahogado que nada tiene que ver con una estampida nerviosa y sí con la desolación del silencio higienizado, que ronda las noches en las que ya casi nadie tira. Nosotros, simplemente, nos lavamos las manos.

*“En el juego de la vida
Juega el grande y juega el chico
Juega el blanco y juega el negro
Juega el pobre y juega el rico
En el juego de la vida
Nada te vale la suerte
Porque al fin de la partida
Gana el albur de la muerte
Juega con tus cartas limpias
En el juego de la vida
Porque al fin nada te llevas
Vive y deja que otros vivan”*

Nueva normalidad

“¿Quién es María, ría, ría, ría?” suena en *delay* la pregunta de la instructora que está manejando a un grupo de mujeres que intenta hacer ejercicios vía Zoom, una rutina grupal denominada “Método de integración cognitivo corporal: el cuerpo es la herramienta”, que coordina Lourdes García.

Nadie tiene contacto físico, no hay roce de pieles y apenas el guiño de una imagen remota que entra y sale de las pantallas de las PC, mientras el grupo intenta seguir en tiempo real las indicaciones de ejercicios de respiración que la instructora dicta desde un paraje desconocido.

Aunque usted no lo sepa (o sí), esto forma parte de la nueva normalidad.

El presidente Nicolás Maduro ha insistido: “nada será como antes”. No es una posición exagerada del mandatario nacional, aunque él sabe, como todos nosotros, que en Venezuela nada nunca ha sido “normal” o como dijo el poeta: “lo anormal es nuestra norma”.

Pero se trata de otra cosa. Esa paradójica secuencia de palabras, lo nuevo-normal, pretende indicar que se va a recuperar la normalidad pero que no va a ser la que conocíamos, sino una diferente. Por culpa del coronavirus se asoma un nuevo orden de cosas, que se anuncia desde ya como para irnos preparando.

Mientras continuamos en confinamiento, cumpliendo a rajatabla el decreto de cuarentena social, nos vamos acostumbrando al desapego, el tapaboca, la higiene extrema, pero también, a una sincronía intermitente que parece transversalizada por el miedo al contagio, la ausencia de control, el orden aleatorio que se impone ante la ilusión de que transitamos con libre albedrío por nuestras vidas.

Es un nuevo vivir con un nuevo sentir. Lo nuevo-normal, parece indicar la pérdida de la autonomía ante las determinaciones del entorno.

Se aplicó por primera vez como concepto, después de la crisis económica de 2008 para hacer referencia a las nuevas condiciones del mercado que finalmente se adoptaron como normales en el largo plazo.

Hoy, la “nueva normalidad” se define como la posible realidad post coronavirus, a la que todos los seres humanos debemos acostumbrarnos tarde o temprano en la medida en que nos toca tratar de convivir con el virus, sus mutaciones, o sus fantasmas.

“Prepararnos para la nueva normalidad” nos piden, invocando lo que encomienda la Organización Mundial de la Salud (OMS): mantener el distanciamiento social y las medidas de bioseguridad.

En ese contexto, con dos años largos de encierro y el tiempo detenido, no es descabellado pensar que el espacio público constituye una amenaza en un sentido sanitario. Salir a la calle,

tomar el Metro, subir a un autobús, participar en una fiesta, resultan auténticos desafíos cotidianos en la medida en que avanza el rescate del sentir orgánico del cuerpo y su presencia en colectivo. ¿Así irá nuestra sexualidad?

¿Qué será de nosotros en el mañana? Es, quizás, la inquietud más recurrente que recogen psicólogos, sociólogos y pensadores, como el filósofo y profesor universitario Carlos Ortiz, quien trata de responder así en una entrevista de la revista digital *Contrapunto*: “Muchos memes, videos, audios, cadenas, algunos incluso de forma muy explícita llaman a revisar la manera en que entendemos la vida y el modo en que nos comportamos con nuestro prójimo y con el planeta. Ese énfasis en el cómo estamos actuando es muy importante, porque lo más probable es que la vida no tenga sentido, sino que estemos en la Tierra para dárselo. Entonces, es imperioso que tomemos conciencia del impacto de nuestros actos, que reflexionemos acerca de hacia dónde nos llevan. El sentido de la vida es vivir sin perderla, sin que se nos pierda. Hoy, uno de los dramas más duros que enfrenta la gente es el miedo a que la vida que ha tenido hasta ahora se haya acabado y no sepa cómo recuperarla”.

Tareas virtuales corregidas por la maestra en línea, yoga desde la sala de la casa, corales polifónicas enteras ensayando a distancia, chateos eróticos, incursiones fugaces a la calle para adquirir lo urgente, dos metros o más de distancia frente al vecino, el milagro de Netflix como excusa para el consumo de placer visual a la carta, son apenas atisbos de lo que podría quedarse para siempre desde la óptica del pequeño burgués sodomizado por la urbe, pero no deja de tener cercanía con el sentir del barrio o la provincia, donde las realidades son distintas aunque se contrastan, entrecruzan y contradicen, mientras respiran también el aliento de la covid.

En algunas naciones se están previendo nuevos usos del espacio público, como mamparas de separación entre comensales en los restaurantes y en las peluquerías, citas previas para atender a clientes, horarios de atención preferente para mayores de 65 años, guantes y mascarillas obligatorios si hay contacto con clientes, desinfección dos veces al día, etcétera.

Uno de los acuerdos establecidos con el sector comercial en Europa, es reducir el número de usuarios al 50% de lo que era habitual “normalmente”, hasta nuevo aviso. Desde las oficinas hasta las aulas –dos casos en los que se incentivará la modalidad a distancia–, pasando por los centros comerciales, los gimnasios y los templos: todos deberán reducir a la mitad sus usuarios mientras resuene aún el murmullo de la pandemia.

Alemania, Italia, Nueva Zelanda, Reino Unido y los países escandinavos también han alentado una serie de medidas que apuntan a devolver la “libertad” a sus ciudadanos, mientras se reactiva la economía.

Vale decir, el encierro continúa, pero de una forma más relajada.

El “new normal” como se le denomina en otros países, se aplica de formas variadas, pero casi al unísono. En la República Checa se reanudaron las prácticas de golf, tenis y pesca de caña, prácticas que, aunque implican por su naturaleza distanciamiento, duplicaron su rigor.

Guardando las distancias, así va el ensayo venezolano: una desescalada gradual y lenta, más prudente que la de España e Italia, pues se trata de garantizar la salud y el bienestar al pueblo en todos sus contextos, más allá de la apremiante necesidad de reactivar la economía.

Hasta ahora, desde que se ordenó el confinamiento en nuestro país, el gobierno ha decidido suavizar el encierro permitiendo mayor flexibilidad y con ello el inicio de clases presenciales durante el período de distensión para ir facilitando la resocialización de los muchachos.

Pero nuestra “nueva normalidad” es tan atípica que va naciendo del caos, en medio del barullo ciudadano que desde hace rato no reconoce la débil franja entre lo nuevo o lo viejo, lo radical o maleable, y lleva tiempo desobedeciendo las normas, dominando espontáneamente el día a día a través del rebusque y el chanceo, como quien anda por ahí pidiendo besos.

*Tus besos se llegaron a recrear,
aquí en mi boca,
llenando de ilusión y de pasión,
mi vida loca.
La horas más felices de mi amor,
fueron contigo,
por eso es que mi alma siempre extraña,
el dulce alivio.
Te puedo yo jurar ante un altar,
mi amor sincero,
a todo el mundo le puedes contar,
que sí te quiero.
Tus labios me enseñaron a sentir,
lo que es ternura,
y no me cansaré de bendecir
tanta dulzura....*

Resisten

Siempre hay quien resiste. En la célebre esquina de Curamichate, a escasos metros de la terminal de transporte público del Nuevo Circo, la oferta a boca de calle se propaga con la velocidad de los instintos. Se trata del comercio prostibulario pobre que se vende por 10\$ el rato en peligrosas pensiones sin mínimas condiciones sanitarias, exponiendo la salud propia y clientelar por la necesidad del sustento diario.

“¿Y no le temes al coronavirus?” le pregunté a una joven mujer que ofrecía sus servicios desde la vitrina impaciente de sus inmensos ojos acaramelados. “Yo no me acuesto con nadie que parezca enfermo”, fue su dramática respuesta.

Cronistas y poetas están llamados a hacer el esfuerzo sobrehumano de moverse entre las sábanas para recoger testimonios de la sedición del deseo, en este instante atípico de la historia de los afectos.

Deben preguntarse junto a los jefes de la Organización Mundial de la Salud, cómo están haciendo los amantes que dejaron pendiente un polvo de arrabal en uno de esos inexplicables mataderos del Centro. En qué quedaron los chamos que se gustaron y habían pactado un encuentro sibilino en las escalinatas de El Calvario antes de que se vislumbraran los Cuatro Jinetes del Apocalipsis. Qué habrán decidido los funcionarios que estuvieron en el prelude de un revolcón encima de las fotocopiadoras inservibles del ministerio, justo en la mala hora en que se decretó la cuarentena.

¿Y los padres de familia? Esos pobres seres desterrados del deseo con los carajitos en casa, intentando sortear la crueldad doméstica del hogar para irrumpir con el coito a la hora de la merienda, garantizando así la perpetuidad de la especie.

Atravesamos una etapa insólita que casi nos vuelve frías e impotentes: estamos todos muy preocupados como para dejarnos arrastrar por los instintos. Coger está muy mal visto como expresión de las apetencias mundanas cuando lo que prevalece es garantizar la vida usando tapaboca, lavándonos profusamente las manos con agua y jabón y agregándole cloro y alcohol a todo lo que se menea.

Mente

En medio del bombardeo de información que cae como cascada desde que se anunciaron los primeros contagios en marzo de 2020, la mejor recomendación sigue siendo mantener la distancia. Una regla elemental y sin embargo, un trago amargo que pocos están dispuestos a digerir, menos aún, sacudidos por la proximidad de la muerte que nos pisa los talones y nos exige acelerar la vida para dejar algún episodio legendario en el tintero de la historia patria.

El nerviosismo desatado ante una situación de conmoción pública tan extravagante como lo es el combate a una pandemia, mantiene también en alerta a los psicólogos, intentando servir de colchón con sus orientaciones ante los previsibles brotes de estrés y angustia existencial que producen los padecimientos de la salud.

Ovilia Suárez, psicóloga, nos advirtió desde un principio que la mejor estrategia es acceder a la información veraz, a través de fuentes confiables y en el momento oportuno. De ser así, no tendría por qué generarse ninguna emoción fuera de control.

“La salud mental tiene que ver con la capacidad que tiene el ser humano para sufrir o para gozar en un estado de libertad interior. Pero eso tiene que ser cónsono con el adentro y el afuera, con una proporción adecuada al motivo que genere el sufrimiento o el goce”.

Los últimos 20 años han sido prueba suficiente de nuestra capacidad de adaptación a los entornos desastrosos. Han ocurrido todas las pruebas imaginables y henos aquí, combatiendo varias pandemias a la vez con resistencia estoica.

“El pánico, la tristeza, la depresión y la angustia permanente bajan las defensas, y eso abre los espacios para que el sistema inmunológico pueda permear algunas cosas que llevamos dentro. Por eso hay que mantener el humor, la calma y la racionalidad” afirma Ovilia.

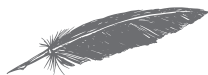
Experta en psicología del desarrollo humano, clínica dinámica, psicología evolutiva, y psicología social, recomienda: “Hay que hacer lo que siempre hemos recomendado: ir a la razón. Bajar un poco el nivel de la emocionalidad”.

Pero no es solo el coronavirus, que ya es bastante. Al mal mayor se le suma una larga lista de padecimientos cotidianos en el marco de la crisis política, económica y social, que encuentra un pasto seco frente al lanzallamas de la desinformación, donde lo increíble circula precipitadamente, se ensancha y eterniza, matándole la libido a cualquiera.

La dolarización del menudeo, la escasez de combustible, el reverdecer de los bodegones inaccesibles, la tiranía de las tareas de los muchachos, los excesos de lluvia y calor, la intermitencia de Internet, la ausencia de señal Cantv, sin agua, sin Dios, frente a la eventual materialización del diablo.

En el caso del coronavirus, la recomendación puntual es acceder a los contenidos técnicos acreditados por la OMS, la OPS (Organización Panamericana de la Salud) y el Ministerio del Poder Popular para la Salud.

Las angustias hay que tramitarlas hablando. Si hay preocupación o miedo, dirigirse a los especialistas competentes. Mantenerse con información idónea y no caer en los rumores o el chisme, que pueden originar problemas más graves y derrocar el deseo.



“*La mejor recomendación sigue siendo mantener la distancia. Una regla elemental y sin embargo, un trago amargo que pocos están dispuestos a digerir, menos aún, sacudidos por la proximidad de la muerte que nos pisa los talones*”

Cuerpo

Una circunstancia comentada en ciertos círculos herméticos, es el peligroso asunto del segundo frente. Para algunos, el “cacho” era una especie de solución frente a la exacerbación de la conflictividad en la pareja. La cuarentena, según los especialistas, incrementó las tensiones entre él y ella ante la imposibilidad de hacer otras cosas o matizar las desavenencias, diluyendo con otra persona los abismos del amor.

El problema es la rutina, advierte la sexóloga Florangel Parodi, quien plantea algunas conclusiones a partir de las consultas que nuevos y antiguos pacientes le formulan a través de sus redes sociales @Florangel26 vía Twitter y @draparod por Instagram.

Al concentrar nuestras expectativas en los aspectos negativos de la pandemia y al no salir de ciertos comportamientos habituales, las relaciones se estancan o se deshacen.

“Hay parejas donde uno de los componentes está estresado o ansioso, entonces drena a través del ejercicio de la función sexual. Pero la otra parte se puede cansar. También hay parejas con conflictos precedentes, donde el deseo sexual ya venía disminuido y una de las partes va a la relación sexual por cumplir, lo que hace que el conflicto se exacerbe” nos explica.

El otro aspecto que resalta es el brote del lado oscuro, revelando situaciones de violencia de género que han desembocado incluso en casos de violación dentro del mismo matrimonio, lo que pone en evidencia una sexualidad totalmente trastornada.

“Hay algo que he notado de la cuarentena: la gente que padece algún tipo de disfunción sexual la ha visto aumentar y se desespera por ser tratada en consulta. Parece que la frustración y la tristeza incrementan su disfunción”.

En su enumeración agrega a los adictos al sexo. “También he recibido varias consultas al respecto, personas que están desesperadas, con una patología previa. A esas personas, para que desahoguen sus ganas, se les recomienda el cibersexo que siempre ha existido y es un mecanismo de satisfacción a distancia”.

La médica sexóloga egresada del Centro de Investigaciones Psiquiátricas, Psicológicas y Sexológicas de Venezuela, coincide con Ovilia en la importancia de la protección psíquica: se le suplica a las personas evitar todo lo que le pueda generar ansiedad como la sobreinformación y las noticias escandalosas, que van a alterar su estado emocional y por ende su comportamiento sexual.

No todo es catastrófico, observa. “En parejas bien conformadas, donde no hay conflictos, en algunos casos la frecuencia sexual ha aumentado. Ha sido un momento de más encuentro, de reírse, de conocerse, por compartir las labores del hogar y el cuidado de los niños”.

Hay una gran variedad de conductas sexuales en función de esta nueva situación, agrega,



como las parejas que tienen niños pequeños y se ven impedidos de estar juntos y erotizarse pues los hijos quieren estar en la cama, juntos y revueltos, incluso hasta altas horas de la noche que es cuando los padres pueden aprovechar.

“La cuarentena ha sido un encontrarse con distintas realidades que estaban ahí presentes y no se habían notado porque cada quien salía a la calle, al trabajo. Ha sido una oportunidad para conocerse a sí mismos e interactuar con la pareja”.

Lo importante, parece ser la conseja de los expertos, es no dejar morir el amor, pero por no usarlo.

*“Se nos rompió el amor
de tanto usarlo
de tanto loco abrazo
sin medidas
de darnos por completo
a cada paso
se nos quedó en las manos
un buen día
Se nos rompió el amor
de tan grandioso
jamás pudo existir
tanta belleza
las cosas tan hermosas
duran poco”*

Alma

Alguien predijo que el fin de los tiempos nos alcanzaría gozando. De hecho, una de las frases más celebradas de la imagería urbana resume este episodio con una disposición marcial: “a tirar, que el mundo se va a acabar”.

No obstante, las pruebas empíricas demuestran que no solo no nos trajeamos de cuero negro ajustado ni cortes de cabello al rape como avisaba la realidad futurista de *Mad Max*, la película. Tampoco nos arrastramos harapientos y destruidos como los muertos vivientes de toda la tradición zombi que ha minado de feísmo al cine y la literatura.

Asistimos al abismo de la humanidad limpiécitos, recogidos en casa como unos ascetas mientras el enemigo invisible avanza linchando a los hombres y mujeres que en otras circunstancias estarían, a estas horas, perpetrando la exaltación del deseo sobre los altares del placer.

Pero no se ha dicho todo aún. Cada día, una sorpresa, un pasadizo secreto como las nuevas variantes de la covid-19, que se desatan y nos dejan a la intemperie viendo como nos rigen los imponderables.

El mundo comparece ante un fenómeno inimaginable, contrario al predecible relato terminal que hablaba de una hecatombe nuclear en medio de la hipocondría y el canibalismo.

En las antípodas, la gente se ha dejado someter placenteramente por los mandatos de los gobiernos del mundo que al unísono hablan del mismo tema y lo exponen ante los medios para saturarnos de consecuencias irreversibles, si no seguimos las indicaciones y se nos ocurre saltarnos la cuarentena. Con razón ya nadie me abraza. Supongo que han hecho mella las dolorosas recomendaciones biosaludables que incluyen el metro y medio de separación, el saludo rockero, apache o el coditos y la inmensa lista de encargos para impedir el contagio.

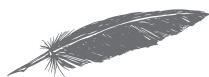
Estamos sufriendo lo indecible por no poder rematar los habituales escenarios de la socialización con un estruendoso apretón de manos y un beso cercano al lengüetazo concupiscente y libidinoso. Otros, díscolos, organizan torpes rumbas un lunes desde mediodía, como unos muchachos de Los Palos Grandes que no previeron que lo que se estaba tejiendo, a la par de la pandemia, era una escabrosa red de apetitos punibles, con represión y escarnio público a los adláteres de Eros y Dioniso, en un país históricamente acostumbrado al desmadre.

Marzo de 2020, pocos lo dudan, fue quizás el peor mes de nuestras vidas. No es que algo cambió, es que todo mutó estrepitosamente al ritmo desafiante de los contextos paradójicos que propone el caos: la familia en casa, saneada hasta el hartazgo, con los hijos embotados de tareas como nunca antes había estilado nuestro sistema educativo, atiborrados de normas, asfixiados de encierro, hundidos en el automatismo y fingiendo la nueva normalidad.

La reposición de alimentos, la adquisición de productos de limpieza, el pago de un servicio

público, comprar pan, visitar a la madre, jugar a la lotería, se transformaron en una aventura épica. Ya lo eran, pero con mascarilla y guantes, tomó el matiz de una excentricidad heroica que papá y mamá emprenden por cuenta propia.

Es un ir, no rozarse, ver, escoger, pagar, y de nuevo hacia atrás antes de que desaparezca la vida humana sobre la faz de la tierra, al mediar la tarde y reagruparse las bestias salvajes o extintas que poco a poco han ido recuperando sus ecosistemas.



“*Marzo de 2020, pocos lo dudan, fue quizás el peor mes de nuestras vidas. No es que algo cambió, es que todo mutó estrepitosamente al ritmo desafiante de los contextos paradójicos que propone el caos*”

On Line

La etapa covid de nuestras vidas, por contradictorio que parezca, nos ha permitido experimentar el vértigo de la abundancia romántica gracias a las nuevas tecnologías. En una tarde a comienzos de la cuarentena, quien suscribe recibió no menos de 70 solicitudes de amistad a través de la red social Facebook, sin distinguir entre hombres y mujeres.

Pocas veces acepto alguna, por la misma razón que cambio frecuentemente de nombre y dirección en mi descripción de perfil: ponerme a salvo de mis acreedores.

Sin embargo, al día siguiente, distendido y aletargado, me dio por aceptarlas todas pensando que era gente como uno, fastidiada del encierro y lanzada a la inercia, buscando aforo para memes ridículos y comentarios experimentados en cualquier materia, a lo que somos muy aficionados los venezolanos en persona o en virtual.

Cuando vine a ver, atesoraba la estadística de 1.178 amigos y amigas, perfectos desconocidos o estrellas de la ciberfarándula criolla que de pronto aplaudían mis estupideces, con el infaltable *like* de aprobación que, a fin de cuentas, es lo que uno busca en la vida cuando escribe. Para decirlo en palabras de García Márquez: uno escribe para que lo quieran. El otro detalle, vergonzoso, es que también disparé solicitudes de amistad a mansalva, cazando a las cibernautas que se veían más buenas en las fotos.

No era el único, aunque la virtualidad nos venda la ilusión de la exclusividad y como yo, miles de víctimas de la cuarentena a escala planetaria coqueteaban en red, ventilando ganas, correteando carajitas o carajitos (o ambos) en medio de una especie de orgía virtual sin precedentes en la historia de la humanidad, amparada en el anonimato y resguardada por el distanciamiento.

De pronto, como en una película de Pier Paolo Pasolini, vi por las redes a un señor mayor exigiéndole la totona a una muchacha bien bonita y a ella bloquearlo de inmediato. Leí a otra exponiendo públicamente a su acosador, un maracucho virolo, que le preguntaba directamente “¿vos qué pensáis si te muerdo entre las piernas?” durante lo que parecía una casta conversación de recién conocidos.

Yo, que soy un hombre serio y le huyo a la ostentación pública, recibí la atrevida invitación a hacer cosas indecorosas por parte de un tipo que, supongo, confundió mis preferencias sexuales.

Indagando más para desarrollar mi hipótesis, encontré de todo en esta viña del señor, pero me conmovió especialmente la historia de un amigo que “coronó”. Antropólogo él, bailarina ella, lograron sortear la infranqueable barrera de la curva de contagio, que sube y baja como

una montaña rusa, y decidieron dar el definitivo salto al vacío como unos amantes del Renacimiento dispuestos a saldar la eternidad de su amor a través de un pacto de muerte. Se citaron en la plaza la Candelaria, un martes a mediodía. “Yo voy de blanco” dijo ella, “yo de negro” prometió él.

Fue una escena filmica: se vieron desde lejos, aceleraron el paso y con los tropiezos típicos de la primera vez, se lanzaron directamente a darse un latazo caraqueño. Algunos testigos presenciales del episodio cuentan que, bajo la mirada torva de tres policías nacionales de ronda, los muchachos apenas atinaron a besarse los tapabocas.



“... miles de víctimas de la cuarentena a escala planetaria coqueteaban en red, ventilando ganas, correteando carajitas o carajitos (o ambos) en medio de una especie de orgía virtual sin precedentes en la historia de la humanidad, amparada en el anonimato y resguardada por el distanciamiento”

OnlyFans

Mientras hay quien ofrece cloro puerta a puerta, consulta el tarot por Internet, remata cinco catalinas por un dólar o vende tetas con *delivery* incluido, Nakary Spadafora decidió, en medio de la cuarentena, redondear la quincena de una manera creativa. Esta bella emprendedora venezolana se registró en la web para adultos OnlyFans y logró acumular 395 suscriptores en un ratito, a quienes les envió imágenes de su exótico cuerpo caucásico, en paños menores o desnuda y en posiciones vertiginosas.

En una sentada, por dejarse ver, acumuló 6.300 dólares libres de impuestos y lo comentó en sus redes, con lo que mucha gente tentada por el dinero rápido y fácil, decidió emprender la misma cruzada para garantizarse dividendos inmediatos, en medio de la radicalización del confinamiento. No es un fenómeno reciente pero responde a un novísimo boom: el sexo a la carta o flirteo virtual, que se ha convertido –gracias al virus– en uno de los eventos emergentes de la pandemia.

OnlyFans es una plataforma social británica fundada en 2016 que supera los 30 millones de usuarios y medio millón de creadores de contenido, cuyo mayor atractivo es su oferta de red social del placer, una especie de Instagram porno. El procedimiento es elemental: el interesado se suscribe al sitio y cancela una mensualidad para tener acceso a los contenidos, con la posibilidad de pedir videos y fotos personalizadas con un costo extra, a través de un canal directo de comunicación con su “dealer” carnal de confianza.

No es exactamente un canal triple X al uso, como los clásicos RedTube, Petardas, Private, sino un servicio por demanda, que asegura trato personalizado e incluye a deportistas en rutinas de ejercicios, exhibicionistas del cuerpo, fashionistas, influencers, etcétera.

Es un repositorio de desnudos (*nudes* pronuncian los chamos), que no se basa en sexo duro sino que se pasea por el roce superficial de las RRSS, al estilo del fugaz y repetitivo TikTok, con oferta de pieles y masturbaciones, al igual que de recetas de cocina y fitness.

Pasó de ser vitrina de cuerpos tentadores a una chamba “freelance” bastante lucrativa para quienes se ven obligados a permanecer confinados por la covid-19, es decir, casi todos. Una opción para actores y actrices porno desempleados, “tigrer@s” de todas las calañas, bellezas superficiales, muchos jóvenes latinoamericanos sacudidos por la recesión económica consecuente del “quédate en casa” y para los venezolanos y venezolanas que ahora, como antes, buscan desesperadamente posibilidades de incrementar sus ingresos frente a la dura situación económica del país.

Claro está, las industrias asociadas al sexo por vía digital corren el riesgo de estimular no solo la banalización del sexo, sino la trata de blancas y la consolidación de redes de pederastia.

Además, es terreno fértil para las estafas y la exposición de terceros, con el incentivo del trato particular en una época donde la soledad y el encierro terminaron siendo una muy lucrativa excusa.

El creador de OnlyFans, el inglés Tim Stokely (llamado el Mark Zuckerberg del porno), es uno de esos tipos de dudosa reputación vinculados a la multimillonaria industria del sexo, no exento de sospechas. Es el CEO de una empresa llamada Fenix International LTD: “compañía tecnológica que ofrece servicios como creación de apps para móviles, servicios de hardware y protección de datos” como lo explica el epígrafe promocional de su página web.

Su socio es Leo Radvinsky, un oscuro personaje del mundo del porno, dueño de la web erótica MyFreeCams, denunciando infinidad de veces por “colgar” contenidos no autorizados. Juntos, han logrado una fórmula magistral para que los confinados paguen por ver gente desnuda por Internet, lo que siempre habíamos hecho gratis.

La magia está en sus cifras: Dannii Hardwood, una muchacha de buen ver, se convirtió durante el mes de marzo del año 2020 en la primera británica en llegar a recaudar US\$ 1.313.780 por este medio.

La actriz porno Apolonia Lapidra (como tantas) migró del cine duro al aparentemente inofensivo OnlyFans, donde ahora concentra todo su interés no solo porque el trato es directo, sino porque detenta los medios de producción como ni siquiera lo soñó Karl Marx en persona, controlando todo el proceso de ingresos sin las molestas exigencias de agentes externos, tomando en cuenta que la plataforma se queda apenas con el 20% de las ganancias.



Paja

Para los que tienen hijos y se enfrentan al ostracismo y el decoro en el hogar, donde a veces impera una silenciosa violencia contenida, la preocupación parece concentrarse en los asuntos urgentes de la familia, lo que ha relegado la sexualidad durante este extenso letargo.

Si bien la OMS ha dejado bien claro que el coronavirus no es una infección de transmisión sexual, ya que no se contagia a través de los fluidos genitales, las precauciones se han extremado hasta casi frenar el contacto visual. Pero la misma necesidad de afecto ha permitido la apertura de brechas de oxígeno virtual, como las apps de citas que mantienen un alto flujo de circulación en medio de la cuarentena, convertidas en salas de chat para el intercambio de conversaciones húmedas.

El flirteo por WhatsApp, que gotea como todas las plataformas tecnológicas de comunicación en el país, ha llegado a permitir las piruetas sexuales vía *on line*, cual desaguedero. En última instancia, el autoerotismo y la masturbación para aliviar las necesidades se han impuesto como alternativas higiénicas y amenas.

Cuando las estadísticas salgan a relucir, si es que algún día las ofrece algún organismo oficial, se sabrá, a ciencia cierta, cuánta paja fluyó durante la cuarentena. Uno lo puede inferir mediante la observación in situ pues, como se sabe, al pajizo (o pajiza) se le reconoce por su aspecto descoyuntado, su mirada perdida y su desinterés por las cosas mundanas.

En todo caso, la medición empírica –ahora que toda la atención se puede concentrar en la mirada de nuestro interlocutor, maniatado por el tapaboca– nos facilitará el trabajo de establecer un dato para nada ocioso: ¿cuánto pecamos durante la pandemia?

Es posible –incluso a metro y medio de distancia– deducir a partir del gesto huidizo, si ese señor o señora se estuvo matando a pajas en la mañana o el día anterior, mientras apresuramos la cola para el avituallamiento de una nueva jornada de encierro.

Tampoco es difícil concluir que desde marzo del 2020, en la infausta hora de la cuarentena, el país se sumergió en una incontinente huida hacia el onanismo, en vista de que arrojados todos en casa (los niños, la suegra, el perro), se hace imposible el apareamiento natural de nuestra estirpe de lacayos del placer.

Es la hora del desorden moral: cuando hablamos de la masturbación (ese vicio solitario, lujurioso y egoísta) lo hacemos en torno a un pecado venial que ha concentrado grandes debates teológicos, fluctuados por la dialéctica entre el placer por el placer y el placer por y para traer hijos al mundo. Partamos de la siguiente idea argumentada por la Pastora Soraya, a través de un meme que circula cómodamente en Facebook: la naturaleza ha dado a la “simiente” humana la finalidad de procrear.

En el tratado *Masturbación: reflexiones teológicas y pastorales*, se establece que la paja era condenada por los egipcios y apenas mencionada en los escritos griegos y romanos. Lo curioso es que, al parecer, tampoco era tan importante en el Antiguo Testamento ya que ni el pecado de Onán (Génesis 38, 6-26) la menciona.

Sorprende el hecho de que fuera durante la Ilustración, siglo XVIII, cuando pensadores como Rousseau y Voltaire (que tanto influyeron en la gesta emancipadora latinoamericana) empiezan con el aplique, al considerar que por exceso de autosatisfacción, se pierde toda la juventud y el hombre se degenera hasta lo más bajo.

En el siglo XIX aparecen expuestas en libros y folletos las terribles enfermedades consecuentes de la masturbación, lo que quedó grabado con tinta china en el miedo de los pueblos. Por ejemplo, eso de que uno se queda ciego de tanto agitar el perol, o que se vuelve zombi, o que todo lo desmotiva.

Freud, a través del psicoanálisis, la untó de una pátina de traumas al concluir que la masturbación es un indicio de narcisismo infantil no superado. La catalogó de síntoma de neurosis obsesiva junto a la angustia y la culpabilidad que, por lo general, se siente al final de ese rito carnal que los franceses llaman “*muerte súbita*”.

*“Acompáñame a lo absurdo de abrazarnos sin contacto,
Tú en tu sitio yo en el mío
como un ángel de la guarda,
Acompáñame a estar solo...
Acompáñame
A decir sin las palabras
Lo bendito que es tenerte
y serte infiel solo con esta soledad
Acompáñame
A quererte sin decirlo,
A tocarte sin rozar ni el reflejo de tu piel a contraluz,
A pensar en mí para vivir por ti,
Acompáñame a estar solo...”*

Dedo

Hay historias de dolor que es preferible dejar en la trastienda del olvido: “¡De más allá del Cunaviche, de más allá del Cinaruco, de más allá del Meta!” Y es verdad que –como Doña Bárbara– hay devoradoras de hombres que te canibalizan.

Como si no bastara el inventario de fracasos amorios, batallitas frívolas y revolcones sinsentido almacenados en la trastienda del olvido durante este amargo tránsito pandémico, hay que agregar a los combates del placer un ataque artero que resulta casi mortal en la medida en que se hace a traición, cuando no esperas ese zarpazo fronterizo con la concupiscencia.

Si bien es cierto que, como explican David y Ellen Ramsdale en su tratado *Los secretos de la sexualidad total*, biológicamente el ano es una zona erótica de alto impacto “en la que se encuentran concentradas muchas terminaciones nerviosas que pueden ser una fuente de dolor o de placer”, ningún tipo está preparado para que le metan el dedo por el culo.

Está bien, forma parte del lenguaje natural del cuerpo en la hecatombe del goce, pero también es un tema tabú –casi mito– que viene aderezado con toda su carga freudiana de inhibiciones machistas y reafirmación de roles, que choca indefectiblemente con la inmensa muralla de la duda: “¿será que soy?”.

Lo llaman el punto G masculino y el pacto social establece que si acaso, solo el urólogo puede ingresar su prolongación distal en el inefable orificio y a partir de los 40 años, a instancia de anunciar el estreno de una enfermedad terminal a través del chequeo de la próstata. El 90% de los tipos te va a negar que lo ha probado en el momento de copular y el 99% no se moverá de la afirmación de que fue un accidente grave, un atrevimiento destemplado de ella que te agarró desprevenido, si bajo algún supuesto negado el terrible asunto llega a ser tema de conversación.

No es para menos. Además del entrapamiento de género que te lleva a vacilar sobre tu integridad masculina a expensas de ese placer inigualable, está la consideración del dedo como entidad de culto (si es el índice, peor): con él señalas a los demás, remueves el hielo del wiski (o del cocuy), le secas el sudor de la comisura de los labios a tus hijos, acaricias los cachetes a tu mamá y ayudas a dibujar sobre tu cuerpo la santa cruz.

Cuando intentas desmitificar aquel menjurje sexual, para quitarle peso a la vocación placentera de la colita, llegas y te encuentras con una afirmación de Gabriel García Márquez en su novela *El otoño del patriarca* que no hace sino agregarle más leña al fuego, dotando a las posaderas de una dimensión política en la lucha de clases que no esperabas: “... el día en que la mierda tenga algún valor, los pobres nacerán sin culo”.

Cosito

Los que hemos tenido novia sabemos lo que es sufrir. Más allá de las desavenencias convencionales tipo “tranca tú; no, tú; no, tú...”, se despliega, sobre el mundo exterior de esa dupla perfecta de armonía, un montón de amenazas que están siempre a la zaga del quiebre de la relación.

Los “fotogüebo”, esos eremitas del despelote y el acoso, forman parte de un ejército de facciosos nacidos con la pandemia, listos a despojarnos de nuestras amadas con estrategias infames, de onanistas solitarios. Siempre dispuestos a inmolarse, como buenos kamikazes carnales, no aguantan dos pedidas para pelarse el pipí y exhibirlo sin complejos, con la pretensión de obtener una respuesta positiva de sus víctimas que concluya en el comienzo de un romance on line y, eventualmente, en un entrompe de carne y hueso.

Sufrimos, ajenos al despliegue de miembros virtuales, los que del lado de acá sabemos que al final del día ellas se citan con sus amigas en pos de jornadas donde dialogan, se burlan, gozan a costillas del otro y lo que realmente horroriza, comparan.

Desde temprano uno sospecha: ¿de qué se ríe esta, si supuestamente está consultando su saldo del banco por teléfono? Esa siembra, poco a poco, cosecha tempestades y cuando vienes a ver estás siendo diseccionado por el antipático escáner del cotejo para ver cuál bicho es más bonito, grande, elástico y esas cosas.

Confundidos como estamos por las exigencias del marketing publicitario, o realmente acomplejados gracias a las exageraciones de la pornografía, entramos en una fase de agobio que nos obliga a medirnos el cosito cada cierto tiempo a ver si estamos mal pero vamos bien, y cada escarceo sexual con la pareja termina por convertirse en una larga cavilación que no nos permite concentrarnos hasta dejarnos engatillados.

Duros días los que atravesamos los de la Generación X, amarrados por la bioseguridad, transversalizados por la pelazón de bolas de la economía criolla, iniciando la medianía de edad con su respuesta inmediata a la ley de gravedad, para venir a sumarle el asuntico este de la comercialización de penes enormes, hermosos, rozagantes, venosos, sanguinolentos, a través de las RRSS, hasta desaguar directamente en el teléfono de ellas.

Es un asunto serio y lo llaman Sexting (enviar contenidos de tipo sexual como fotografías o videos producidos por el propio remitente, a otras personas por medio de teléfonos celulares), acompañado por un extensa terminología que se refiere al amplio espectro del ciberacoso o cyberbullying, que crece y se diversifica en la medida en que la gran red de redes lo hace, afectando a mujeres y niños por igual, por ser la población más vulnerable de la sociedad.

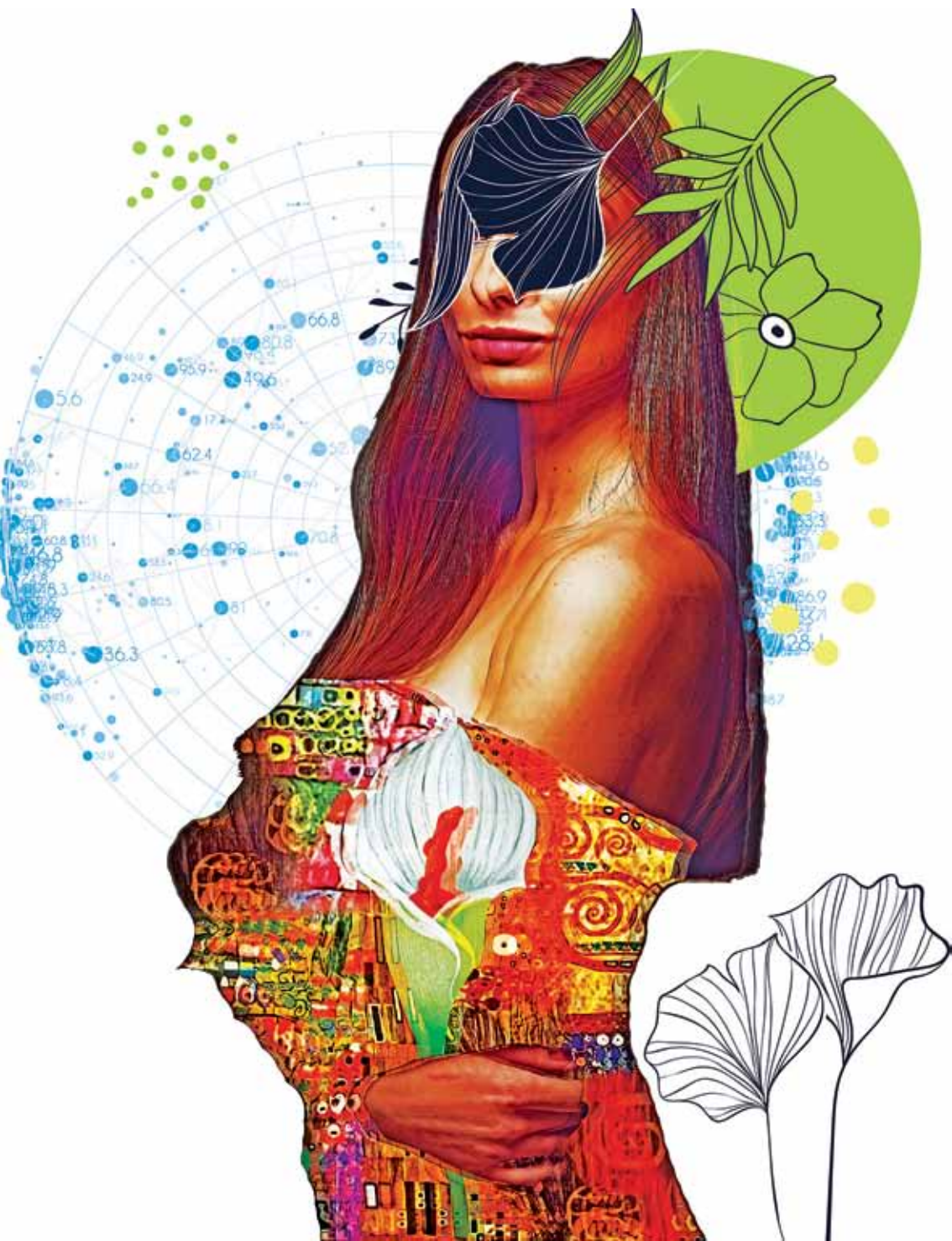
En Venezuela se penaliza, con énfasis en la población infantil que cuenta con todo el apoyo

de la División de Delitos Informáticos del Cuerpo de Investigaciones Científicas, Penales y Criminalísticas (CICPC), quienes deberán atender la situación en coordinación con el Consejo de Protección de Niños, Niñas y Adolescentes. La protección de la privacidad de datos o información personal se encuentra dentro del marco de la Ley Especial Contra Delitos Informáticos, la cual está expresada en el Capítulo III de los Delitos Contra la Privacidad de las Personas y de las Comunicaciones.

Pese a ese esfuerzo de continencia los penes abundan en WhatsApp, transitando a sus anchas como dardos venenosos que apresuran la mensajería directa de archivos adjuntos o enlaces, mientras yertos, casi fríos, tragamos grueso orando por la integridad de doncellas impolutas de nuestras chicas, que saben que existe Photoshop y las perspectivas trucadas que desnaturalizan la proporción áurea. Pero siempre queda la duda: una amiga me confesó que en realidad, el tamaño sí importa.



“ *Los ‘fotogüebo’, esos eremitas del despelote y el acoso, forman parte de un ejército de facciosos nacidos con la pandemia, listos a despojarnos de nuestras amadas con estrategias infames, de onanistas solitarios* ”



Beso

Para besar hay que usar 34 músculos faciales y 112 músculos posturales. De hecho, el que más importa es el músculo orbicular del oris, el mismo que sirve para fruncir los labios antes de pasar al siguiente nivel que es el beso francés, ese que se estampa con sacudida de lengua y que antecede a ese otro beso indescriptible que merece otra crónica: el beso negro.

Nada de eso lo explica el cancionero popular: “En un beso la vida / Y en tus brazos la muerte / Me sentenció el destino / Y sin embargo prefiero verte” lloraba Orlando Contreras frente a la efectividad feroz de un beso. O, “la puede usted besar en la mano / o puede darle un beso de hermano / y así la besaré cuando quiera / pero un beso de amor, no se lo dan a cualquiera”, que es el caso de la española cuando besa, nada que ver con la venezolana que, cuando lo hace, desata las fuerzas contenidas de las depresiones intertropicales del Caribe.

Lo raro es que cuando la conocí, a dos meses del pistoletazo de salida de la cuarentena nacional, le tuve que robar un beso. Práctica extendida entre nosotros los desclasados, el ajetreo de las avenidas nos acostumbró a ensayar el beso como acto fundacional. Nadie se pone a analizar (¿y para qué?) que el beso brota de esa necesidad de tacto labial que deriva de nuestra más tierna infancia y que se romantiza cuando lo despojamos de sus connotaciones bárbaras y le agregamos un hálito místico de summum del amor.

Besar, además de estimular lo erógeno por el despliegue de terminaciones nerviosas de los labios, es casi un acto civilizatorio. Al menos, entre nosotros los de la mitad del mundo conocido desde los días en que un comportamiento parecido se registró, según unos textos hindúes escritos en sánscrito védico, hace como 3.500 años. Ese beso, porque de los otros como el mordido, el de piquito, en el pezón, “por allá”, 69, negro, de payaso, etcétera, ¿quién puede saber su origen, su evolución y cuánto han contribuido a generalizar la domesticidad de los amantes en un mundo cada vez más ensimismado?

Lejos estaba yo de suponer que tendría que arrebatarme oxitocina, endorfina y dopamina de un jetazo espontáneo, la tarde de nuestra primera vez. Si bien fue un acto suicida en medio de una plaza, sirvió a la vez, como toda cruzada heroica, para poner los puntos claros y sembrar las dudas, porque nada mejor que armar un desmadre y dejar eso así a ver qué pasa.

No fue que no quisiera besarme, me confesó luego, sino que estaba probando mi osadía frente al busto obnubilado de Omar Khayyam, el poeta persa que reina en el Foro Libertador, quien me vio en caída libre estirar los labios como pico de pato y desplegarme hasta más allá del equilibrio para atrapar como si nada esos labios sorprendidos que se dejaron chamuscar como quien dice “no me cógeme”, típico de la dialéctica estrambótica del amor que nace y anda pendiente de reproducirse.

Sencillamente hurtamos con alevosía, porque más allá de los manuales que norman las formas de besar, vivimos días tan esterilizados que necesitamos del beso como quien amerita arrancarse el tapabocas para respirar.

En la hora loca del coronavirus, quien se haya enamorado a partir de marzo de 2020 y mantenga encendida la llama de la pasión con besos y todo, merece el reconocimiento de la historia. Ha sido una etapa de besarse con miedo, de conectar sus labios sujetos de la incertidumbre frente a la posibilidad invisible de que borbotee la partícula virulenta de la covid-19, tráfuga entre las bocas y tóxica dentro de nuestros sistemas respiratorios en las postrimerías de un colapso pulmonar.

Hijos santificados de la cuarentena, le robé ese beso con la entrada en vigencia del decreto N° 4.160 mediante el cual se declara el estado de alarma en todo el territorio nacional, en cuyo artículo 10, se ordena el uso obligatorio de mascarillas que cubran la boca, y la nariz.

Por cierto, después sí me quiso besar y es más, ahora es experta.



“ *En la hora loca del coronavirus, quien se haya enamorado a partir de marzo de 2020 y mantenga encendida la llama de la pasión con besos y todo, merece el reconocimiento de la historia* ”

Mamá

Mi mamá también aparece en el cuadro neuroapocalíptico descrito por Freud y patente en los tiempos que corren. Yo estaba enamorado de la vieja, pero no puedo asegurar que quisiera acostarme con ella como dice en una frase la canción *The End*, de los *Doors*. Hago la salvedad porque si ella lee esto, seguro me estampa un “soplamoco” que me hace olvidar cualquier noción del amor. Pero además, tampoco me acuerdo. Sin embargo, desde mi más tierna infancia de lactante, mi mamá expresa la belleza natural y la seguridad de una columna de hierro que busco en una mujer.

Ella fue, lo digo sin rubor, mi primera fantasía sexual: hermosa, exótica, bomba sexy. Angustiado como un Woody Allen de provincia, me remití a la psicología para entender mi “desorden” esquizoide, hasta que el neurólogo austriaco me aclaró –en pocas palabras– el asunto: enamorado de la vieja, mi papá era el rival a destronar. Recién nacido, sentí placer sexual al chupar de su teta y mi sensualidad, a los tres años, se alojó en el ano.

Al dejar el tetero –sigue Freud– empecé a tener sensaciones eróticas al evacuar y orinar (control de esfínteres). Estas deposiciones no tardaron en convertirse, junto al tocamiento del ano, en una herramienta de combate válida para untar las paredes de puro arte rupestre, una manera de enfrentar a los adultos y de hacerlos sufrir, lo que el psicoanálisis llama período sádico-anal.

“Tú eres la tristeza de mis ojos
Que lloran en silencio por tu amor
Me miro en el espejo y veo en mi rostro
El tiempo que he sufrido por tu adiós
Obligo a que te olvide el pensamiento
Pues, siempre estoy pensando en el ayer
Prefiero estar dormido que despierto
De tanto que me duele que no estés”

Celos

Comprobamos en nuestras carnes que la vida puede cambiar en fracciones de segundos. Muchas veces las cosas pasan tras una descarga de acontecimientos que producen vértigo porque implican movimientos bruscos, cambios que nos acercan peligrosamente a ese territorio inexpugnable de lo desconocido.

Por ejemplo, la película de Woody Allen *Vicky Cristina Barcelona*, con Javier Bardem, Scarlett Johansson y Rebecca Hall, nos dejó un mensaje opresivo luego de quedar despechados –otra vez– por un enamoramiento no correspondido: Juan Antonio (Bardem) lleva a Vicky (Hall) a conocer a su padre, un típico catalán que habita en una villa solariega donde se dedica a escribir. Ella pregunta por su obra y Juan Antonio se la lleva aparte para confesarle que aunque su papá es el prolífico creador de una literatura deslumbrante, quema o rompe todo lo que escribe porque odia a la gente. Le explica que lo hace para vengarse de la humanidad. Compone la mejor poesía que se pueda expresar, pero niega su trascendencia como castigo de especie por llevar miles de años destruyéndonos sin comprender, finalmente, que la solución está en el amor.

Nos preguntamos si es verdad que todo lo que necesitas es amor, como cantaban los Beatles. Peor aún, nos atrevemos desvergonzadamente a citar a Osho cuando escribe “¿Por qué me asusta tanto el amor?”, un ensayito peligroso si cae en manos de Ricardo Arjona, donde introduce una idea urgente: “Cuando amas, tienes que abandonar todos los conceptos que mantienes sobre ti mismo. Cuando amas, no puedes ser el ego, porque el ego no permite el amor, porque son polos opuestos. Si te decides por el ego no podrás decidirte por el amor. Si te decides por el amor tendrás que abandonar el ego, y de ahí viene el miedo”.

Pensando en ese absolutismo distópico, es cuando se te bajan las defensas y te agarra el coronavirus. No obstante, nos ayuda a carburar para establecer cuáles son los errores recurrentes que nos hacen naufragar en las relaciones de pareja y mucho más grave, a fracasar en la proeza civilizatoria que se derrama en su incesante contrasentido.

Esa lucha del ego de la que habla Osho (mejor conocido como el gurú del sexo), no es otra cosa que –a nuestro entender– una relación egoísta y competitiva con el otro-la otra, alertas siempre ante la negación a perder.

He de patinar sobre mi autobiografía: cuando me han montado cachos he renunciado a reanimar la relación porque asumo enseguida que ganó el otro y asunto saldado. Se dice fácil pero se trata de un ejercicio que las más de las veces te deja retortijones en el corazón.

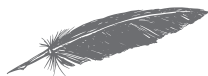
El amor, en su fase más ligera, que es esa etapa idiota de pérdida de sentido y negación de la realidad (soy feo, pobre, viejo, pero ella me quiere porque escribo bonito), no está lejos del

sentimiento de compasión que nos permite perdonar y trascender, dejando atrás los apegos inexplicables que nos mantienen anclados a viejas y nocivas prácticas.

Los celos, dicho por Sabina, Paulo Coelho, Deepak Chopra y Ozuna (el negrito ojos claros) en su etapa romántica, es quizás el período de enajenación más absurdo pero necesario para meterle candela emocional a la aventura de vivir. Efectivamente, es el capitalismo salvaje de las doctrinas de la pasión, pero además, es la prueba de fuego de que te la calas porque lo-la amas, o dejas eso así antes de que se vuelva un infierno.

Es donde entran a jugar las probabilidades: esto se arregla en el camino, o cerramos este ciclo y empezamos otro que prospere sanamente, sin que salgan a relucir las conjeturas teológicas de la toxicidad y la pareja disfuncional.

Enamorarse de la humanidad entera parece mucho más fácil. Es el desapego llevado al paroxismo: ¿cómo coño celas a 7 mil millones de personas, muchas infectadas de la covid-19?



“ *El amor, en su fase más ligera, que es esa etapa idiota de pérdida de sentido y negación de la realidad (soy feo, pobre, viejo, pero ella me quiere porque escribo bonito), no está lejos del sentimiento de compasión que nos permite perdonar y trascender, dejando atrás los apegos inexplicables que nos mantienen anclados a viejas y nocivas prácticas* ”

Fe

La recomposición del metabolismo social en plena cuarentena, incluye la alteración del paisaje nuestro de cada día: ya no hay juntadera en las esquinas, ni caminatas tomados de la mano por el parque, ni saludos arrebatados, ni un par de birras pal camino, mucho menos un roce desafiante y sabrosón. Si acaso, la mirada vacía desde el borde del antifaz ese que nos impuso la pandemia y que rematan los buhoneros sublevados desde las aceras de La Hoyada o confeccionan las doñas del barrio que se organizaron alrededor de sus máquinas de coser para salirle al paso a ese destino falaz al que, casi, nos vamos acostumbrando.

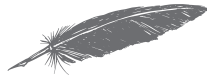
Y decimos amén cuando alguien asevera que la covid-19 se cura con tres oraciones al Santo Niño de Atocha; o que hay más muertos de los que confiesa Freddy Nández; o que es un experimento chino para apropiarse definitivamente del mercado; o que despertará una nueva humanidad, más justa, luego de este trance.

Castigo divino: las redes sociales y el boca a boca, desde el rugido sordo de las paredes contiguas, nos van avisando día a día de la inminencia de un desenlace irremediable. Es un adiós a la humanidad, a la vida como la conocíamos, y por sutileza, un adiós a la revolución bolivariana de manos de los héroes salvadores del planeta, que no lograron ni salvar a Nueva York pero atraviesan las fronteras difusas del bien y del mal para ofrecernos la vacuna salvadora elaborada por las trasnacionales farmacéuticas de siempre que además de anticuerpos, viene repartiendo trombosis como la popular AstraZeneca, una de las consentidas de la OMS.

Por si fuera poco, se alían las fuerzas envilecidas (visibles y microscópicas) y ensayan ataques desde la frontera occidental y sur, nos salpican desde Colombia y Brasil, nos acechan, y nosotros encerrados sin tener muy claro cómo se hace la guerra asimétrica sobre la que ya avisó José Roberto Duque, rodilla en tierra, mascarilla en boca.

De fondo, se oye el antiguo jingle que suena desde el inicio de la vida en la tierra: “y va a caer, y va a caer, este gobierno va a caer”. Y los días más bellos que se recuerden desfilan radiantes desde la ventana. Nunca la brisa había sido tan diáfana, el sol tan tenue, el Waraira tan solícito y el calor tan benigno como para abarrotar las calles de una Caracas imposible: sola y callada un viernes a las 5 de la tarde.

*“Si yo muero primero, es tu promesa
Sobre de mi cadáver dejar caer
Todo el llanto que brote de tu tristeza
Y que todos se enteren de tu querer
Si tú mueres primero, yo te prometo
Escribiré la historia de nuestro amor
Con toda el alma llena de sentimiento
La escribiré con sangre
Con tinta sangre del corazón”*



“ *Castigo divino: las redes sociales y el boca a boca, desde el rugido sordo de las paredes contiguas, nos van avisando día a día de la inminencia de un desenlace irremediable. Es un adiós a la humanidad, a la vida como la conocíamos* **”**



Cristo

“Este mundo se va a acabar” resuelve tajantemente el pastor evangélico Gilbert Escalona. Mateo 24 dice que habrá pestes en los tiempos finales. Lo profetizó el mismísimo Señor: guerras, terremotos, hambre, pandemias.

El responsable, insiste Escalona, es el mismo hombre al no creer en Dios. “El principal pulmón no es el aire sino los árboles y su devastación ha sido uno de los primordiales responsables de que se hayan propagado las bacterias”. Él y sus hermanos, al estar imposibilitados de concentrarse en actividades de culto por la prohibición expresa de reuniones masivas, se mantienen orando y repasando la Biblia en casa.

Concluye que el problema no es tanto el virus sino la información, “la gente se siente asustada”. Más allá de las recomendaciones físicas, desde lo espiritual no tienen muy clara una solución: “¿Qué podemos hacer frente a algo que no vemos, guerrero?... esto lo que hace es acercarnos más a Dios”.

Un razonamiento resulta indiscutible: cuando la gente está sana no busca a Dios. “Hacen falta estos sacudones” resalta Escalona. Si se está acercando el fin de los tiempos, ¿qué viene?, le preguntamos: “la segunda carta del Apóstol Pedro, capítulo 3, versículo 10, dice que los elementos de este mundo serán quemados y destruidos y tú sabes que la Capa de Ozono cada día está abriéndose más y los rayos del sol están entrando con más fuerza, más que hace cien años y esas son señales. Pero antes de que llegue eso dice la palabra que Jesucristo viene por segunda vez, en ese momento habrá siete años de santa paz y después una tribulación como nunca la ha habido y se desatarán los tres poderes satánicos. Esto va de mal en peor. Lo dice el Apocalipsis 21, cielo nuevo y tierra nueva, y nosotros nos estamos preparando. El mundo se acabó un día con agua, pero esta vez se va a acabar en candela. Nos toca el arrepentimiento, sacarnos la cochinada que llevamos dentro, guerrero”.

Infierno

Revisemos las estadísticas: la pandemia, catalogada así por su elevadísimo nivel de propagación, ha calado en el 98% de los países del mundo, exigiéndonos aplicar medidas de higiene para quebrar la cadena de contagio. Cuidando en extremo su aplicación, incursionamos en todas las tareas posibles del ámbito laboral, escolar, deportivo, de ocio y entretenimiento y manejamos con cierta “inteligencia” las relaciones interpersonales para evitar el desastre.

Veamos más mediciones: por las redes sociales circulan al menos 2 millones de “reels” donde familias perfectamente desconocidas se ejercitan bajo techo. Se ventilan más de medio millón de recetas de torta de auyama con pasitas, 1 millón y medio de posturas imposibles de yoga en casa, la canción “Venezuela” desafinada una y otra vez, penes pretenciosos y erectos exhibidos a destajo, tetas de silicón y nalgas apretujadas, chistes malos contra el gobierno, memes recurrentes y agotadores, un sol para los buenos días, las estrellas para las buenas noches, una y otra y otra y otra vez. Son los embates del encierro.

Así aterrizó el infierno que tanto nos prometieron los apologetas del desastre, los predicadores históricos, la Biblia, con los componentes necesarios para agregarle desazón al final de los tiempos: cambio climático, colapso de los mercados financieros, desplome del precio del petróleo, oleadas migratorias sin control, sobrepoblación mundial, guerras, exacerbación de los fanatismos religiosos, crisis de las identidades políticas y sexuales, etc.

Lo que no previmos fue que nos alcanzara añorando el mañana bajo la presunción de “nueva normalidad”, que no acaba de venir luego de dos años y pico de cuarentena, apoltronados y soportando la molienda del hogar donde se perpetran los más sangrientos crímenes de la rutina.

¿Qué comeremos hoy? ¿Con qué nos entretenemos? ¿Qué informará el ministro en la noche? ¿Cómo llegamos a esto? ¿Fue mi culpa? Nos preguntamos mientras la familia repasa una vez más la agenda diaria:

10:00 am: sintonizar en Vive TV las clases de *Cada familia una escuela*.

11:45 am: separar a los niños que ya se están dando trancazos.

12:00 m: arranca la primera tonelada de tareas.

2:00 pm: almorzar.

4:00 pm: yoga, rapel, training, alpinismo, desde la sala de la casa.

4:55 pm: separar a mamá y a papá que están a punto de agarrarse por los moños.

6:00 a 6:30 pm: búsqueda intensiva de mamá y papá por los resquicios de la casa. Nadie sabe dónde están metidos.

7:00 pm: película en familia.

8:45 pm: separar a los niños que otra vez se están matando a coñazos.

11:00 pm: a dormir todo el mundo.

12:00 am: nadie se duerme todavía y se oye un cuchicheo generalizado alrededor.

1:00 am: suenan los grillos y los sapos.

2:00 am: ¿Los niños duermen?

2:25 am: vamos a darle.



“ *Así aterrizó el infierno que tanto nos prometieron los apologetas del desastre, los predicadores histéricos, la Biblia, con los componentes necesarios para agregarle desazón al final de los tiempos* ”

Magia

Lo más suave que se ha dicho es que se acabó esta vaina. Lo más tierno, que abunda la solidaridad. Desde Los Teques, una entidad residual llamada Merlsum avisaba ya en 2020 a través de un médium, Franklin Tortoza, que tiene la cura para el coronavirus y que si no se aplica de inmediato vendrá una fase superior de la cepa, mucho más letal.

Mi fuente esotérica me avisó sobriamente que no se trata de especulaciones ni charlatanería y despliega sus augurios: “en las células madres está la cura”. “De cordones umbilicales y restos de placenta. Hay que extraer la sangre antes de desecharlos luego de cualquier parto”. El espectro también le habla de las moléculas de sulfuro y un químico que posee una flor que huele a carne podrida. ¿Supercherías? Quién sabe. Lo que no se ve, para los escépticos, es como si no existiera, como el virus.

Juan Bautista Díaz Rizo, “Juan Puya” para sus allegados, uno de esos héroes preapocalípticos del Ejército Productivo Obrero (EPO), cree en cosas más corpóreas y desde La Guaira nos remite soluciones ancestrales para la covid-19. Lo explica con histrionismo de erudito: “Las palabras interferencia, interferir, intervenir, se usan erróneamente para definir en el argot químico popular el efecto estérico o la interacción intermolecular. Asociada a la palabra Interferón, medicamento cuyo principio activo es aislado químicamente de la planta trinitaria, el cual desintegra la cápsida o cobertura externa de los virus que está conformada por proteínas y lípidos (grasas, aceites) y los manda pal coño”.

“Puya” ha intervenido en ofensivas contundentes junto a la llamada Caballería Montada de Acción Tecnológica Inmediata, donde lo ha reclamado la patria. Esta parece otra de sus correrías de ingenioso hidalgo, tecnólogo popular, sabio de esquina que ha fraguado la guerra en todos los frentes.

Su receta es sencilla: reúna flores y hojas de trinitaria hasta llenar una bolsa con capacidad para 5 kilos. Coloque eso en un recipiente de 3 litros, enjuague un poco y deseche el agua. En otro recipiente hierva 2 litros más de agua, apague, espere 2 minutos y añada al otro recipiente con la carga verde. Si no se evidencian síntomas, explica “Puya”, se debe ingerir una tacita al día de esa infusión como medida preventiva. En caso de presentar síntomas, el paciente debe tomar tres tazas diarias sin importar si ha comido o no. El tratamiento debe durar hasta obtener la sanación total.

“La trinitaria es portadora del elemento activo más poderoso contra los virus, incluyendo el Coronavirus. Lo demás es pura paja loca”, remata.

Escorpio

La imaginaria popular, la sabiduría enigmática, los mensajes del más allá, no descartan la importancia de las normas establecidas por la Organización Mundial de la Salud y que los organismos sanitarios de cada país han instruido con carácter de obligatoriedad.

El distanciamiento social, las nuevas modalidades de saludo en remoto, el metro y medio de separación prudencial, estricto tapabocas en la calle, lavado de manos, son la reingeniería del Manual de Carreño en un novísimo ejercicio de normatividad urbana que nos ha vuelto estrictos y pretenciosos en aras de la salud. Y si tiramos un poco más de la cuerda, llegamos a las constelaciones: el coronavirus tiene su carta astral.

La tirada la emprende Érika Fino Larrazábal, astróloga y tarotista, quien buceó en los laberintos astrales para desentrañar las razones cósmicas de la pandemia que un buen día llegó y se adueñó del mundo a través del miedo y las precauciones como nunca antes en la historia, por una razón puntual: jamás había sido tan evidente la globalización como ahora que la vida se narra en tiempo real, no como los días de la peste bubónica o la gripe española, cuando una información salía de un puerto siendo un hecho y llegaba a destino convertida en leyenda.

Érika identifica dos momentos claves: la primera vez que se supo públicamente del coronavirus, el 17 de noviembre de 2019, cuando el sol estaba en Escorpio y la luna en Cáncer, y la covid-19 terminó siendo Escorpio con ascendente en Aries. En segundo término, el 10 de enero de 2020, cuando se empieza a expandir el virus después de un eclipse de luna llena en Cáncer.

“El nodo norte del coronavirus está en Cáncer y el sur en Capricornio, ambos en conjunción del bajo cielo (nodo norte) y del medio cielo (nodo sur). En mi experiencia, he visto que las personas que presentan esta configuración tienen vida corta, mueren jóvenes, debido a que son dos ciclos de retornos nodales y arrastran un karma. La vida se les hace muy pesada, tienden a la depresión, al narcisismo y fluctúan en esos extremos. El coronavirus tiene esa posición, o sea, una vida corta, además, en la casa 10 del medio cielo tiene a Saturno, Plutón y la Cruz del Infortunio en conjunción. Si se tratara de una persona, yo estaría preocupada, pero también le preguntaría cuánto afán tiene por trascender. Hay demasiado anhelo de permanecer. ¿Por qué lo digo? Primero por Quirón retrógrado en Aries, casa 12, y por Neptuno en Piscis retrógrado, casa 12. Las personas que tienen estos retrógrados tienden a pensar en la trascendencia física, espiritual, suya y de su obra”.

La carta natal del SARS-CoV-2 presenta muchas oposiciones y cuadraturas, nos detalla Érika: su luna está en Cáncer, casa 4 que es su casa de residencia; cuadratura de Urano retró-

grado en Tauro, Marte en Libra y en oposición a Plutón en Capricornio. Es decir, aparenta ser una configuración que nos está obligando a replantearnos el concepto del hogar.

“Es comenzar a relacionarnos con nuestro hogar de una manera más inteligente, amena, consciente, pero sobre todo, de una manera muchísimo más física. También habla de labrarnos un lugar en el mundo”.

Según este análisis, se trata de una carta natal escabrosa, que simboliza que el coronavirus tiene la misión de socavar nuestra idea de patria, de hogar, de sitio en el que habitamos.

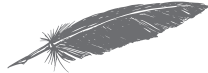
Venezuela, que es del signo Cáncer con Aries de ascendente, está signada por el hecho de que quienes vivimos aquí sentimos la Tierra con profundo amor de hogar, a diferencia de otros países donde se vive con menos apego, explica Érika.

“La separación del hogar para nosotros es mucho más dura y nostálgica porque se trata de la Madre Tierra protectora. De alguna manera, que el brote infeccioso recrudesciera después de la luna llena, tuvo la intención de alejarnos de la protección que representa nuestro país. Esta tierra es protectora y el virus lo que quiere es alejarnos”.

Para ella, es una estrategia astral de la desidentificación. “Cuando existen pandemias, sentimos que vivimos en un mismo mundo, pero igual entramos en el tema de cuáles son las verdaderas intenciones de la globalización, que no son más que alejarnos de nuestro ser cultural y en ese sentido nos aliena y nos aleja de nuestra ancestralidad”.

*“Para empezar la consulta
corta una baraja así
Por ti, por tu casa
por lo que espera
¡Fuera Satanás!
Yo digo lo que veo
Señora él tiene otra
que le está prendiendo velas
para que la olvide a usted
y la quiera mucho a ella
Pero ya no se preocupe
voy a hacer una receta
para que le haga un trabajo*

*y verá cómo se aquieta
Coja un cabo de tabaco
que haya botado un borracho
tenemos agua ya
y media tercia de ron
un rabo de gato prieto
y ligue ese bastimento
con su nombre y apellido
entiérrelo en un rincón
y cuando él vaya a salir
muévalo con un palito
y verá como regresa
manso como un corderito”*



“*Según este análisis, se trata de una carta natal escabrosa, que simboliza que el coronavirus tiene la misión de socavar nuestra idea de patria, de hogar, de sitio en el que habitamos*”



Pata'e pollo

Hay gente tan metida en el barroco caribeño que exige que esas patas lleven las uñas pintadas. Otros esperan ver las extremidades cartilaginosas nadando en el contubernio asopado para absorber el tuétano, apelando al socorrido acto de chuparse los deditos hasta borrarle las huellas digitales. Lo cierto es que la sopa de pata de pollo ha devenido en un cocido milagroso, remedio infalible y domesticado contra el coronavirus cuyo aspecto gelatinoso asquea, los huesitos inquietan, las uñas producen repelús, como si no fuera otra extremidad más de las tantas piezas de animal que degustamos con profundo gozo en nuestra abominable carrera por la carne animal y sus derivados.

Okey, no es el aséptico Carvativir presentado como gotitas milagrosas por el mismísimo presidente Nicolás Maduro y bloqueado de cualquier indulgencia científica por las redes sociales y los gobiernos enemigos. Pero tampoco es la malintencionada AstraZeneca que, impulsada con fe ciega (y muchos dólares del lobby farmacéutico) desde la Organización Mundial de la Salud, anda repartiendo trombosis por el mundo con la promesa de estarnos salvando del SARS-CoV-2.

Lo más bonito es cuando te lo recomienda una doctora cubana de buen ver, a la salida de la sombría prueba rápida en tu CDI de confianza: “qué volá, asere, no cojas lucha: métele cinco patas a un agua hirviendo, 3 zanahorias, 1 plátano verde, papas picadas, media auyama, 2 cebollas, 4 dientes de ajo, 2 ajíes dulces y la sal que quieras. Dale candela, 35 minutos, y ¡ño, colorín, colorao!”

La conjuran las abuelas, eternas cheerleaders de las recetas del conuco que por años han usado ese menjurje adherente y repulsivo (pero delicioso, si hay buena sazón), para equilibrar las hormonas, reducir la presión arterial, rejuvenecer la piel, regular el metabolismo, acelerar la cicatrización de las heridas, aumentar las plaquetas, reforzar el sistema inmunológico, ampliar la producción de glóbulos rojos, combatir gripes y catarros, menguar el mal de amor, abrillantar el bigote adolescente, reducir el deseo de los maridos por la mujer ajena, etcétera.

El colágeno, según los expertos, es uno de sus mayores tributos a la salud así como su aporte de un aminoácido llamado cisteína, que puede adelgazar el moco de los pulmones y hacerlo menos pegajoso y más fácil de expulsar, contribuyendo en el combate de los cuadros sintomáticos del virus. Por si no fuera suficiente, según el faculto Juan de Dios, una pata de pollo bien fresca, una vela negra y la foto de la persona en cuestión, sirve para uno de los hechizos más poderosos del universo espectral. Asegura que es lo mejor para destruir a un enemigo, a un vecino, a un marido que abandonó a una mujer y a una suegra que te molesta. Vade retro, porsia.

Vecinos

También lo cree doña Matilde, mi vecina del tercero: “Más de un vivo se está metiendo unos reales con ese invento del hipoclorito”. Se trata de una viejita irreductible que vende tetas en 5 bolos, que le sirven a uno para ganar tiempo chupando hielo de aspecto pantanoso mientras cabalga las horas muertas en medio del calor infernal que se impuso junto a la cuarentena.

Ella insiste en lo de la fórmula de las trinitarias pero le agrega flor de clavellinas, malojillo, orégano orejón, jengibre, hojas secas de guanábana, toronjil y todo lo que quepa en un menjurje atómico que usted se debe beber invocando el espíritu benefactor de José Gregorio Hernández, lo que le agrega un plus beatífico a la sanación.

“¿Eso lo sabrá Maduro?” le pregunto masticando mis palabras, como para no herir su susceptibilidad de sabia de condominio pero a la vez introducir otras aristas al interesante debate científico a orillas del bajante de la basura, antes de que se le ocurra invitarme al jardín del estacionamiento a enseñarme su técnica misteriosa para cortar la flor desde el tallo.

“Ay mijo, si a una le pagaran por lo que una sabe” y me guiña un ojo que no sé interpretar; yo, que soy conocido por haber inventado el distanciamiento social, más que por pretencioso, por escrupuloso, militante de la separación física y espiritual ante mis iguales para no sufrir de un despecho invariable. En algunos círculos hasta he sido señalado como lobo solitario.

La ventaja de estirarse el tapaboca por encima de la nariz y hacia abajo hasta donde des-punta la campana de Adán, es que uno recibe los poderes fácticos del anonimato para hacer lo que le venga en gana, sin que parezca un desplante. Por eso dejo a la vieja Matilde en su parlamento y retomo la misión de salir a comprar pan para el desayuno de los muchachos que a esas horas (9 de la mañana), aún duermen el sueño balsámico de los niños derrotados por las tareas en casa, la confabulación de las maestras con el dios de la venganza para imponer un duro castigo a las madres exigentes, esas que siempre dudaron de la efectividad de la enseñanza que reciben sus carajitos en la escuela.

Aunque no contaba con ello, existen pisos más abajo. En ese cruce de caminos, donde se tejen en filigrana la quejona del 2do B y el paco del 1ero C que le ha ofrecido cachazos a todos en el edificio menos a mí, me tropiezo con la que tiene fama de bruja porque desde su casa siempre emerge un tufo a tabaco y de madrugada se oye el murmullo sordo de una gallina constreñida.

Me dice, palabras más, palabras menos, que tiene una prima que conoce a la mejor amiga de una bruja de Palo Negro, que le dijo que ese virus lleva los días contados. “¿En serio?”

indago. Más vale que no. Me aseguré que contaba con pruebas de que el coronavirus venía a reordenar cuadraturas y oposiciones de un mundo en estado de coma, por lo que me apartó cupo para el domingo en la mañana a una sesión de café y espiritismo que acepté, con la seguridad de que un día antes encontraría alguna razón terrenal de peso para faltar.

“¿O sea que esto garantiza el fin?” no sé por qué insistí. “Bueno, el virus es una marca del destino que vino a forjar una nueva humanidad. Si de esta no salimos fortalecidos, con otra manera de ser y actuar, más humana y solidaria, nada podrá salvarnos de la extinción”. “Listo, ya entendí”, mentí cuando me preparaba a seguir escaleras abajo, mientras la mujer se arremangaba su camisa de pitonisa para seguir buceando en los laberintos siderales y así desentrañar el alma profunda de la pandemia que se adueñó del mundo y cambió todas nuestras rutinas, menos la de chismear en los pasillos.

“Tenemos que empezar a querernos más, veci. Vernos, visitarnos, acercarnos, como cuando la gente no andaba tan apurada en la vida” me soltó con el tono agresivo-pasivo del que te prende un peo sin alzar la voz. Le dejé un breve estremecimiento de codos como despedida y seguí hasta la planta baja, no sin antes recordar la inquietud esotérica que dejó sembrada en mí hace unos días Víctor, un poeta de Guarenas, quien me escribió para contarme que al virus hay que cantarle como el maestro Li Bai, poeta romántico de la dinastía Tang, encontrando su razón de ser en las causas más sencillas, como recomienda la tradición de los rapsodas chinos del siglo VIII que veían en la fiebre la necesidad del alma de escupir el arresto de sus vacilaciones.

Me persigné contraviniendo mi ateísmo militante y llegué milagrosamente a la planta baja donde (tampoco lo había previsto) existe un largo pasillo adornado de materos con helechos y begonias, como el corredor de la casa de los Buendía en Macondo.

Hay esquinas malditas en la vida de todo hombre. Son articulaciones del paisaje urbano que brotan desde el silencio abyecto de una fachada quieta, donde te pueden estar esperando un delincuente, un acreedor o un vecino prejuicioso. A mí me tocó el vecino. Es el taxista del edificio 7 que siempre está por ahí con su periódico debajo del sobaco, con covid-19 o sin ella, cazando güiri.

“Yo sólo quería comprar pan”, me atreví a adelantarle antes de que me exorcizara con una fórmula imposible de rebatir en esta hora loca del contagio universal. “No solo de pan vive el hombre” sentenció, lo cual me pareció predecible antes de que blandiera el fajo de papel frente a mis ojos para declarar, señalando unas líneas del diario, lo que presumen algunos: “este gobierno nos está matandoooooo”.

“Es que si no nos mata la peste nos mata el hambre y la delincuencia” aseguró y me leyó cuatro o cinco titulares de un diario de circulación regional, donde lo que menos importa es la pandemia pero sí una muchacha de quince años asesinada de cuatro puñaladas. La lista de sucesos era extensa y ensangrentada, incluyendo el decomiso de productos de la caja Clap en un galpón privado y las declaraciones de los políticos de cada bando, lanzados en campaña electoral.

—Bueno, pero esa es la historia eterna de la humanidad hermano: unos a favor y otros en contra –le respondí inútilmente, sabiendo lo que me esperaba.

—Qué va, esto es obra del mal encarnado en el falso profeta, el anticristo y la bestia.

—Pero esos están desde hace tiempo entre nosotros. Juro que los he visto declarando en la televisión –vengo yo de imbécil.

—¿No serán “esos” a los que tú defiendes, cada uno más malandro que el otro? –Por supuesto que yo sabía que era una pregunta-trampa y que de ahí en adelante nadie me iba a salvar.

—Ni idea compadre, ni siquiera sé cuáles son los tuyos y los míos. A mí me interesa es la patria.

—Claro, patriaaaaaa, patriaaaaa, patriaaaa querida –aulló y le vi deslizar los fuegos de su rabia sobre mi aura corrompida, hasta que me dejó escapar por entre los intrincados caminos de la desesperación para irme a lo mío, huyendo de los inagotables debates políticos que casi nunca dejan gente ileso y que cuando se tejen en los conjuntos residenciales, pueden degenerar en complot y atentados mortales.

“Yo solo quería comprar pan” me autoflagelé recordando las canillas que sacan a las diez de la mañana y se agotan en cinco minutos, pan que alguien más adelante en la cola va a adquirir con espíritu pandémico como para alimentar Manhattan o Puerto Príncipe, mientras rendido veo el reloj para saber que ya, casi mediodía, estará un camión cisterna disparando cloro sobre las almas perdidas que insisten en la tarea homérica de comprar cuatro bollos distópicos que alimenten a una familia pálida de claustro.

Belleza

Petrolero y “missero” (si es que es válido llamar así a nuestra factoría de reinas de belleza), el país ha desarrollado un sello particular, una especie de denominación de origen, para identificar a sus mujeres: están buenísimas todas. Hasta la más fea está buena y si habla, mejor, porque además, la mujer venezolana ha desarrollado una vocación particular por el cosmopolitismo que le facultad con poderes especiales para sostener las más gratas conversaciones en cualquier contexto.

Los venezolanos feos (también hay mucho hombre bello por un tema de competitividad) la tenemos más fácil en nuestra propia tierra pues estadísticamente nos debe corresponder una bonita, salga sapo o salga rana. Si a usted no le ha tocado, revítese los arcanos.

En ese contexto, la belleza como fruto de la banalidad, ha estigmatizado a las nuestras. Muchas, huyendo de la terrible eventualidad de no poder acceder económicamente a los rudimentos esenciales para apuntalar su divinidad (cremas, champús, labiales, exfoliantes, *sugar daddy*), se han dejado seducir por el espejismo de la prosperidad transfronteriza, y han ido a parar con su hermosa humanidad a tierras lejanas, donde son objeto de la maldita envidia.

Países como Perú, Colombia, Ecuador, Chile, etcétera, algunos liberados del yugo opresor de la colonia española por una casta de superhéroes de carne y hueso fraguados también en esta tierra hace 200 años, han visto desfilar a nuestras mujeres como si atravesaran la alfombra roja para ser coronadas nuevamente reinas. Pero esta vez, no se trata de un asunto frívolo ni de un acto meramente vanidoso de la estética sin propósito, sino de un fenómeno que para bien o para mal ha tocado profundamente a las sociedades implicadas en este novísimo fenómeno migratorio.

Por años, Venezuela fue un receptáculo franco que acogió el éxodo del mundo, y siempre sonreímos al darle la bienvenida a los pueblos extranjeros, pero sobre todo a las pueblas que aceptaron la integración y el mestizaje, dando como resultado la aparición de estos portentos femeninos que se forjaron con la carga hereditaria del cruce de caminos.

Forastera pero linda, la venezolana promedio que se fue al exterior no solo se ha visto obligada a redefinirse laboralmente, sino que ha debido desarrollar novedosas estrategias de supervivencia ante la maledicencia de las que no soportan que una extraña con otro acento y otro meneo, venga a exhibirse con toda su soltura tropical donde no es bienvenida y menos, si es objeto del deseo.

Lamentablemente, el machismo arraigado en todo el continente ha concedido al varón la antipática potestad de desear y pretender seducir a propias y a extrañas sin que medie discre-

ción alguna. Esto, obviamente, ha desembocado en lamentables episodios de celos, rabias y disputas con desenlaces incluso fatales, como lo ha reseñado suficientemente la prensa.

Bella, inteligente e interesante, la mujer venezolana no siempre puede jactarse de su mixtura híbrida, mezcla de la justa proporción de nacionalidades que corona su perfecto ensamblaje. Fuera de su país de origen, tanta precisión puede terminar siendo una condena.

Las hay que sí, se aprovechan de la voluptuosidad de sus cuerpos y la desinhibición de su lengua para pasarle por encima, como una aplanadora, a las lugareñas desaliñadas que obedecen, en todo caso, a otros preceptos estéticos. Eso que llaman “belleza diferente”. Aunque orondas por el mundo, corren el riesgo de una venganza de género que puede llegar a ser terrible.

Las hay que por el contrario, se arremangan la camisa, resguardan con una liga su tersa cabellera, se ensucian los cachetes y esconden con anchas faldas sus caderas de infarto, intentando pasar desapercibidas hasta que el acento las delata.

Ambas, por más que se tongoneen en distintas geografías del mundo, jamás serán más bellas que en su propio hábitat: esta tierra de gracias donde reinan con justicia.

*“No sé que tienen las chicas lindas
Que de Caracas
Con su caminar tan sabrosón
Que a todo el mundo arrebató
Cuando las miro al pasar
El cuerpo se me estremece
No puedo hablar solo mirar
Pues mudo quedé
Y si las miro otra vez me moriré”*

Kamikazes

Todo este asunto del amor arrebatado en medio de las más duras restricciones de la historia, lo que hizo fue avivar las llamas del indelicado tránsito hacia las más vanas formas del erotismo, normalizando la búsqueda desesperada, por vía analógica y digital, de esa persona ideal (o no) que permita romantizar los instintos.

Al final, desde una óptica más filosófica, enamorarse es la sobrevaloración ingenua de la alienación. Esa manera descarnada de tramitar los sentimientos es un salto seguro hacia la pérdida de los sentidos y la voluntad, depositando fe ciega en los aspectos gregarios de la civilización, creyendo en la posibilidad real de construir una épica novelesca en pareja.

Pero qué sabroso es enamorarse y caer en las trampas del amor; enamorarse y vivir amarrados a las contradicciones y la inmovilización; enamorarse y perder el rumbo y la individualidad; enamorarse, caer, levantarse y volverse a enamorar. Enamorarse y perder.

Este microscópico homenaje de diario abierto y narcisista a una de las necesidades fundamentales de la humanidad, no pretende sino ser testimonio histórico, social y cotidiano de la fugacidad transitoria pero definitiva de la pandemia y sus implicaciones en nuestra forma de relacionarnos, haciendo énfasis en el extrañamiento, porque no hay mayor sobresalto en estos días que la misma “normalidad”.

Nos hemos enamorado mil veces y lo volveremos a hacer. Es una predisposición innata a coleccionar corazones rotos y quebradizos, a remendar historias desmembradas, a zurcir abstracciones de la razón hasta descubrirnos acaramelados, recorriendo universos paralelos donde todo es frívolo y pasional y la lógica pierde el sentido.

Nos hemos vuelto auténticos pordioseros del amor. Gente que se deja arrastrar por cosas exiguas como una pausa honda después del emoji de un corazón; luego de un mensaje borrado durante un chat por WhatsApp; o en el ínterin de un intercambio de hipoclorito al ingresar a una bodega de pueblo. Jamás antes el rocío obligatorio desde un dispensador nos había excitado tanto, como ahora que la que vigila los anaqueles del automercado es una venus armada de guantes y atomizador, acosándonos por entre los pasillos. Cómo imaginar jamás que un tapaboca tendría alguna vez el peso morboso de unas tangas, anunciándonos desde su lejanía de trapo interpuesto, la levedad de unos labios que suponemos perfectos, tornadizos y ansiosos de nuestros besos.

Esa pasión malsana por la novedad que decía Francisco Umbral en su *Diario de un snob*, nos ha permitido aproximarnos a la esencia de la voluntad humana, que para bien y para mal se desbarajusta en relatos trágicos o epopeyas mínimas, cargadas de belleza, mientras intentamos seducir al prójimo.

Son la contracara de una narración inconclusa que revitaliza las leyendas de los pactos de amor como el que urdieron los amantes de Verona. Y vaya resistencia: sin poder abrazarnos donde nos dé la gana; con temor a bañarnos bajo la lluvia no venga y nos agarre una gripe que termine con una neumonía severa bilateral; esquivando salir a cenar o a bailar sea flexible o radical la semana; con temor a desplazarnos a la playa frente al rugido acusador de los pitos de los socorristas de La Guaira devenidos en *Baywatch* sanitarios; atentos al rosario de estadísticas de contagiados y fallecidos por día; sujetos a las mutaciones de la cepa; olorosos a cloro y alcohol; desinfectados hasta en nuestras más prometedoras cochinas. Y lo que es peor, en muchos casos implorando la solvencia imposible de los servicios de telefonía e Internet para que la comunicación no termine por transformarse en un incesante coitus interruptus.

Este paseo ocioso y desprejuiciado no se trata de una guía carnal. Es un recorrido informal que se abre camino a través de la geografía del alma, alentándonos a incursionar en el amor con voluntad de ascetas. Creemos, como ciudadanos de esta época, en lo que afirma Carlos Monsiváis: “A la mayoría, así lo niegue con quejas y promesas de huida, le alegra quedarse atendida a las razones de la esperanza”.



“ *Todo este asunto del amor arrebatado en medio de las más duras restricciones de la historia, lo que hizo fue avivar las llamas del indelicado tránsito hacia las más vanas formas del erotismo, normalizando la búsqueda desesperada, por vía analógica y digital, de esa persona ideal (o no) que permita romantizar los instintos* ”



***La pandemia
no puede con el amor***